

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

**LA VISIÓN HISTORIOGRÁFICA DEL ÉXITO
DE ALEJANDRO MAGNO**

María José López Rodríguez

Tutor: José Ignacio San Vicente González de Aspuru

Grado de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Curso 2020-2021. Junio 2021.

ÍNDICE

1. Introducción	3
2. Metodología	8
3. Autores griegos	9
3. 1. Diodoro de Sículo	9
3. 2. Plutarco	15
3. 3. Arriano de Nicomedia	27
4. Autores latinos	38
4. 1. Quinto Curcio Rufo	38
5. Relación de los autores clásicos con los modernos	47
6. Conclusiones	51
Bibliografía	54

1. Introducción

Alejandro Magno es una figura histórica que ha captado el interés de mucha gente a lo largo de los siglos. La atracción de su persona radica en la multitud de luces y sombras que tiene este personaje, así como la capacidad de lealtad que supo despertar en miles de individuos. Su vida ha sido reflejada en libros y poemas, además de películas y canciones de grandes grupos musicales, pasando por cómics o incluso videojuegos, adaptando la narración de sus hazañas a las nuevas tecnologías.

El macedonio ha sido estudiado por muchos investigadores, y cada uno de ellos ha aportado un “nuevo Alejandro” a la historia, puesto que la perspectiva y visión de los historiadores ante ciertos acontecimientos ocurridos en la vida de Alejandro es diferente dependiendo de cada individuo. Para una construcción totalmente fidedigna de él, se deberían consultar todas las fuentes existentes sobre su vida, algo que es imposible porque o bien muchos textos acerca de él se han perdido, o bien habría que corroborar la veracidad de todas y cada una de las fuentes para poder tomarlas como ciertas.

La personalidad de Alejandro ya despertó una gran curiosidad en su época, como se puede ver en la cuantiosa cantidad de textos escritos acerca de él, tanto en Grecia como en Oriente. La magnitud de textos clásicos escritos sobre Alejandro es tal que cada época historiográfica tiene varias subdivisiones dentro de la misma, como por ejemplo en la época clásica están los autores contemporáneos a Alejandro y los que no, luego los autores latinos, etc. Además de que una cantidad incalculable de textos fueron perdidos después de un periodo, la muerte de Alejandro, en la que su figura empezó a ser mal considerada y se censuraron escritos sobre él. Para poder efectuar un rápido repaso a la historiografía alejandrina, ahora me centraré en tres épocas: la contemporánea a Alejandro, la Edad Media y la actualidad.

Dentro de la época clásica uno de los autores más destacados, que vivió a la vez que Alejandro, fue su general, Ptolomeo, que posteriormente crearía la dinastía ptolemaica en Egipto, la cual tendría miembros tan reconocidos como Cleopatra. Pertenecía a la selecta tropa de Compañeros (*hetairoi*) de Alejandro, compuesto por amigos de la infancia del rey y que tenían un puesto destacado dentro del ejército macedonio, además de que solía ser el grupo que le acompañará en todas sus expediciones, por efímeras que estas fueran, ya que actuaban también como una especie de guardaespaldas. Por lo tanto, Ptolomeo poseía información privilegiada que otros autores no tenía, ya que él estuvo presente

durante muchos de los hechos que se relatan al describir la vida de Alejandro. Pese a que solía ser propenso al dramatismo (Worthington, 2013: 291), en varias ocasiones prescindió de revelar su opinión personal acerca de ciertos sucesos de gran importancia en las expediciones de Alejandro (Guzmán Guerra & Gómez Espelosín, 1997: 204).

No obstante, sus obras tienen una clara intención política, puesto que, tras conseguir la corona de Egipto, amoldó, de cierta forma, el carácter de Alejandro a la imagen que él quería mostrar ante sus súbditos, poniendo de manifiesto que él también había sido cómplice en las grandes hazañas vividas por Alejandro y relatando casi más su papel en las expediciones que el del macedonio, algo que Guerra y Espelosín (2013: 204) definen como “autopropaganda”.

Otro autor muy importante de este periodo antiguo, pero con menos relevancia en la vida de Alejandro, fue Aristóbulo de Casandrea, partícipe de las partidas militares en las que actuaba como ingeniero (Heckel, 2008: 77), por lo que tuvo acceso a detalles más íntimos que los demás autores que no tuvieron un contacto tan personal con Alejandro. Mientras que algunos historiadores posteriores lo tachan de adulador, otros afirman que no tenía ningún sentido ser lisonjero con el macedonio puesto que este había muerto cuando Aristóbulo publicó su historia. No obstante, Luciano menciona una ocasión en la que el de Casandrea estaba leyéndole a Alejandro parte de la historia que estaba escribiendo, y llegó a una escena en la que se relataba una lucha cuerpo a cuerpo entre el hijo de Filipo y el rey de la India, Poros, en la que Alejandro atacaba él solo a un elefante de guerra. Esto era una clara fabricación del historiador, y Alejandro reaccionó a esta tan furiosamente que incluso tiró el escrito por la borda del barco (Baynham, 2003 :8).

En la literatura de la Edad Media abundaban los héroes valientes y los príncipes valerosos y justos con su pueblo, por lo que la figura de Alejandro sería la encarnación perfecta de ese ideal. La mayoría de representaciones de esta época son una exageración de los rasgos más belicosos de Alejandro, ya que se le muestra como un fiero guerrero que nunca ha sido derrotado y un emperador sobre todo lo conocido en la tierra. No obstante, también era una época en la que el cristianismo estaba en su máximo auge, por lo que al final Alejandro siempre acababa siendo derrotado por el demonio, con permiso de Dios (Guzmán Guerra & Gómez Espelosín, 1997: 236).

De estos tiempos cabe destacar dos corrientes dentro de la literatura sobre el conquistador, que serían la versión judía y la tradición árabe. Dentro de la primera estarían obras como

la de Petrus Comestor, donde el macedonio está representado desde la perspectiva judía, y donde la importancia la cobran escenas como la visita al templo de Jerusalén, y la relación del rey con los hebreos. Además, está el llamado *Iter ad Paradisum* que es un texto en prosa, en el cual se describe el camino de Alejandro hacia al Paraíso Terrenal, en el que aparecen elementos del Talmud. Por otro lado, están los escritos de herencia árabe en las que aparecería un Alejandro mucho más orientalizado, y entre los que destaca el *Alejandro “Du l’Qarnayn” em el Kitab adad al-falasifa*, de Abumulham el cual estudia la presencia de Alejandro en la literatura árabe (Guzmán Guerra & Gómez Espelosín, 1997: 241-242).

En la actualidad, autores como Mary Renault o Valerio Massimo Manfredi también han sido cautivados por la figura del rey macedonio, y ambos tienen trilogías dedicadas a él (Guzmán Guerra & Gómez Espelosín, 1997: 244-245). Si bien sendas obras son de carácter histórico, los novelistas se han tomado ciertas libertades al reproducir discursos de Alejandro o pensamientos que pudo tener ante ciertas situaciones.

Además, han sido muchas las biografías escritas sobre él, en las que siempre se ha hallado una profunda labor investigadora. Algunos de los autores más especialistas en Alejandro son N.G.L Hammond, Robin Lane Fox, A.B. Bosworth o Roger Caratini, entre muchos otros. Las obras de Hammond se centran en intentar discernir al Alejandro histórico del Alejandro inventado, por lo que su objetivo ha sido dedicarse al estudio de las fuentes clásicas con el fin de determinar su verdadero valor histórico¹. En su primer libro, *Alejandro Magno: Rey, general y estadista*, elaboró un detallado estudio sobre la batalla del Gránico, en el que contrapuso distintas versiones de los autores antiguos (y mostró las contradicciones existentes entre ellos) y añadió detalles de tipo topográfico— que obtuvo durante su visita al supuesto campo de batalla donde ocurrió el conflicto— para proporcionar al lector una visión completa de lo verdaderamente ocurrido (Hammond, 1997). Por otro lado, el libro *Alejandro Magno*, de Robin Lane Fox fue el que se utilizó como base para la película del 2004 sobre la vida del macedonio. De hecho, fue Lane Fox el encargado de asesorar al director sobre algunos detalles históricos. Al contrario que Hammond, se muestra bastante interesado por la vida personal de Alejandro, y no solo por sus victorias, además de que en uno de sus libros *The Search for Alexander*, no

¹ “[...] concentrate my attention on a detailed analysis of the surviving narratives, in order to ascertain their historical worth at each” (Hammond, 1997: ix).

traducido al castellano todavía, emula a Indiana Jones con su búsqueda de la verdadera tumba de Alejandro Magno en la que sigue el mismo recorrido que hizo Alejandro en su marcha hacia Asia (Renault, 1981).

Bosworth, por el contrario, explica que su intención no es escribir una biografía de Alejandro sino exponer el impacto que tuvo, así como narrar la vida en la Macedonia de los tiempos del rey, “*el mundo griego y en lo que era antiguamente el Imperio Persa*” (Bosworth, 2005: xi). Semejante a él, Caratini ha prestado mucha atención a los detalles en su libro *Alejandro Magno*, y empieza su relato explicando como era Macedonia, la de leyenda y en la que vivió el joven rey. Aunque no es tan experto como alguno de los autores previamente mencionados², su relato busca la veracidad por encima de todas las cosas y no duda en criticar los comportamientos excesivos de Alejandro, a los que, además, les intenta dar una explicación psicológica. Esto lo hace con conocimiento de causa ya que en otro tiempo fue analista³ (Caratini, 2000).

Asimismo, Alejandro ha sido llevado a la gran pantalla en diversas ocasiones. En el 2004 se estrenaba la anteriormente mencionada película *Alexander* con Collin Farrell de protagonista, y en la cual se presentaban temas controvertidos, como la bisexualidad de Alejandro, o se omitían determinadas batallas significativas, como la de Issos. Por otro lado, en 1956, Richard Burton encarnaría al macedonio en *Alexander the Great*, una película bastante fiel a la realidad, de acuerdo con la crítica. La vida de Alejandro en la “pequeña pantalla” ha sido muy fructífera también, puesto que aparece en series alemanas—*Alexander der Große*— japonesas—*Arekusandā Senki*— o incluso indias, como *Chanakya*, entre muchas otras.

Ha sido representado en diversos videojuegos, como el popular *Assasin Creed*, aunque su aparición es bastante fugaz. Además, se le dedicó *Rome Total War: Alexander* en la que el jugador acompaña a Alejandro en sus conquistas del Imperio Persa. En *0 A.D. Empires Ascendant* se reúnen los ejércitos de diferentes períodos helenísticos de la historia, como el seléucida, el macedonio o el ptolemaico, donde las formaciones de batalla son muy

² Esto se refiere a que no ha dedicado su vida a estudiar a Alejandro, ya que tiene otras obras biográficas sobre Jesús de Nazaret o Mahoma.

³ “*El analista que fui en otro tiempo no puede dejar de detenerse a pensar un poco sobre la historia psicológica del Conquistador*” (Caratini, 2000: 437).

similares a la posición original que tuvieron en el relato histórico. Además, el nombre de los lugares aparece en el idioma original, con la traducción entre paréntesis (Arias, 2018: 109-123).

En conclusión, Alejandro ha sido, y será, uno de los personajes con más notabilidad de la historia. Hace más de veinte siglos desde su muerte, y todo apunta a que dentro de otros veinte seguirá siendo igual de relevante que hoy en día.

2. Metodología

Este trabajo consiste en una revisión historiográfica de las fuentes clásicas sobre Alejandro Magno, por lo que lo primero que se ha hecho ha sido delimitar el número de autores que iban a ser objeto de estudio. Para aportar una visión más amplia del tema tratado se ha optado por elegir autores griegos y latinos, y, de ellos, a los cuatro que se consideran más importantes dentro de la historiografía sobre Alejandro Magno: Diodoro de Sicilia, Plutarco, Arriano de Nicomedia y Quinto Curcio Rufo.

Las investigaciones sobre Alejandro Magno han sido muy variadas, y frecuentemente aparecen nuevas publicaciones sobre la figura del conquistador macedonio. Debido a esto, se ha preferido limitar el campo de estudio e indagar solo en uno de los aspectos más trascendentales del rey: su éxito. En este trabajo se ha buscado cuáles son las causas que los autores clásicos atribuían al prestigio que siempre acompañó al nombre de Alejandro.

Asimismo, se han consultado biografías de autores modernos para completar la información aportada por los autores antiguos, así como para comprobar en qué se diferenciaban los pensamientos de unos y otros respecto al mismo tema. En la utilización de artículos relacionados con el tema, uno de los grandes problemas que apareció a lo largo de este trabajo fue la disponibilidad del artículo en cuestión, ya que muchos no estaban disponibles para su descarga en internet.

Por otro lado, y respecto a los obstáculos presentados en relación al estudio de los autores clásicos, hubo uno que sobresalía por encima del resto: la aparición de lagunas dentro de los volúmenes elegidos para este trabajo. En algunos autores, como Plutarco, este problema no surgió, pero en otros, como Quinto Curcio, sí, puesto que había ciertos vacíos en los diferentes libros que se usaron de ejemplo en esta investigación. Además, se observaron ciertas diferencias en las traducciones de los autores antiguos, que a veces supusieron una dificultad añadida, puesto que de una a otra traducción había palabras que cambiaban completamente el sentido de la oración.

Por último, en los apartados dedicados a los autores griegos y latinos también aparecen citados autores modernos y sus ponderaciones acerca del tema que se trata en cada momento. Esto sirvió para reforzar los capítulos y comprender mejor qué era lo que verdaderamente quería expresar el autor clásico.

3. Autores griegos

3. 1. Diodoro de Sículo

Diodoro de Sículo, también conocido como Diodoro de Sicilia, nació en la misma isla que le da nombre, en una ciudad llamada Agirio⁴. Procedía, muy posiblemente, de una familia acaudalada, puesto que contaba con suficientes tierras en la isla como para vivir despreocupadamente y dedicarse a viajar por el mundo (Rubio, 1986: 7). Lane Fox (2004: 500) sugiere como su año de nacimiento el siglo 20 a.C., y algunos autores sitúan la fecha de creación de su obra, *Biblioteca Histórica*, entorno al “*tercer cuarto del siglo I a.C.*” (Guzmán Guerra & Gómez Espelosín, 1997: 206), por lo que la idea propuesta por Fox es bastante coherente.

La *Biblioteca Histórica*⁵ estaba compuesta por cuarenta volúmenes que intentaban abarcar toda la historia de la humanidad, y pretendía escribir desde la época de los troyanos hasta la guerra céltica del año 60 a.C., lo que vendría a suponer un total de, aproximadamente, unos 1.138 años, según calculó Francisco Alasà (2001: 46). La temática de sus libros era muy diversa, pues trataba temas como la geografía y la zoología, entre otros. Además, la mayoría de libros estaban divididos en dos partes.

La repercusión de su obra se ha dejado ver a lo largo de la historia y fue citado por muchos autores antiguos, como Plinio el Viejo, Eusebio de Cesarea o, incluso, San Jerónimo. En las obras modernas se considera que lo único que hizo fue recopilar en un mismo libro obras de distintos autores y, respecto al libro dedicado a Alejandro, se dijo que “*he dealt with Alexander simply by cutting down the work of Cleitarchus and adding a few of his own comments*” [respecto a Alejandro, simplemente abrevió el trabajo de Clitarco y añadió unos pocos comentarios propios] (Lane, 2004: 500). No obstante, al realizar un estudio sobre su obra, se comprobó que había bastante texto original y que las ideas manifestadas eran comunes a la época en la que vivió Diodoro (Alasà, 2001: 20).

Una de las principales razones por las que se cree que Diodoro solo compilaba obras se debe a las numerosas citas—a más de cincuenta autores— que se encuentran en su

⁴ Actual Agira, situada en el valle medio del río Salso.

⁵ En realidad, ese título le fue otorgado posteriormente, ya que Diodoro alude a su propio trabajo con el nombre de “*syntaxis o pragmateía* (‘*composición*’ u ‘*obra*’)” (Alasà, 2001: 9).

Biblioteca Histórica. Sin embargo, sería precisamente ese el motivo para creer que Diodoro no solo compendia escritos ajenos, ya que la tarea de leer tantos autores y de elegir a los más adecuados, solo podría ser ejercida por alguien culto e intelectual, alguien que sería capaz de escribir por sí solo una obra como la *Biblioteca* (Alasà, 2001: 24-25). Aunque tampoco ha escrito una biografía magnífica, Diodoro siempre ha destacado por ser “*un escritor concienzudo*” (Pòrtulas, 2000: 137).

Los libros XVI y XVII están dedicados a dos de las figuras más importantes del reino de Macedonia: Filipo II y Alejandro III. De hecho, Diodoro es la principal fuente de información de Filipo (Anson, 2013: 23)⁶ y entre los autores clásicos destacaba por situarse en la corriente “pro Alejandro”. Esta corriente, de nombre no oficial, se caracterizaba porque sus autores eran más considerado con los errores del macedonio y destacaban más sus virtudes que sus defectos, que eran muchos pero a menudo se veían disminuidos, o justificados. Uno de los ejemplos de esto último se ve cuando Diodoro atribuye la quema del palacio de Persépolis a un acto de venganza meditado, y no a una acción impulsiva fomentada por el alcohol (17.72.3-6). De esta manera, los macedonios y los griegos que estaban en el ejército de Alejandro, estaban vindicando la destrucción de Atenas por los persas. Como dice Barletta, la destrucción del palacio no se ve “*as a drunken act of vandalism, but as an act of poetic justice on behalf of Athens*” [como un acto de vandalismo debido a la embriaguez de Alejandro, sino como un acto de justicia poética en nombre de Atenas] (Barletta, 2010: 60).

La visión que tiene Diodoro de Alejandro podría denominarse, de cierta manera, paternalista, puesto que ya desde que el macedonio era joven, el autor ve en él las grandes cualidades que desarrollaría más tarde. En el libro XVI, dedicado a Filipo, el autor menciona que en la batalla contra Atenas en Beocia, el padre de Alejandro ubica a este para el conflicto junto a sus generales más valiosos dado que, aunque era joven, dice Diodoro, ya era “*reconocible por su valor y rapidez de acción*” (D.S. 16.86.1). Palabras como estas se ven repartidas a lo largo de todo el libro y siempre sirven para recalcar el valor, el mérito o la bondad de Alejandro. En una ocasión lo llama “*emprendedor*” (D.S. 17.16.2), en otras destaca la “*firmenza de su espíritu*” (D.S. 17.21.2) o la supuesta “*fama extrema de bondad*” (D.S. 17.38.4) que tenía el rey. Además, acerca de las obras llevadas

⁶ Anson explica que Diodoro es “*our main narrative source for Philip’s career*” [la primordial fuente narrativa acerca de la trayectoria de Filipo] (Anson, 2013: 23).

a cabo por él, dice que eran “*muchas y bellas*” (D.S. 17.38.4) y, al finalizar el libro, relata que Alejandro murió “*tras haber realizado las mayores hazañas no sólo de los que reinaron antes que él, sino también de los que vendrían después hasta nuestra época*” (D.S. 17.117.5).

Por último, y respecto a la forma de describir a Alejandro, me gustaría destacar que es uno de los autores que más devoto lo retrata e, incluso, llega a dirigirse a él con el epíteto de “*el sacrificador Alejandro*” (D.S. 17.17.6). Además, en multitud de ocasiones se le observa haciendo sacrificios a los dioses, pese a que muchas veces no especifica a cuales, en otras menciona a algunos como Helios (17.89.3) o Atenea (17.18.1). Asimismo, también sacrifica en honor a algunos héroes, sobre todo a Heracles (D.S. 17.46.5; 40.2) pero también a Aquiles y a Áyax (17.17.3).

Diodoro apunta sobre Alejandro que “*sus propias acciones, una por una, mostrarán con suficiencia la grandeza de su gloria*” (D.S. 17.1.4-5) y si bien el autor tendía a exagerar con todo lo relativo a Alejandro, en cuanto a la gloria del rey no dramatizaba. En el momento en el que este se dirigía a Tebas, su ejército era casi invicto, ya que las batallas que perdieron fueron capitaneadas por su padre, Filipo II, y no por él. Tras esta poderosa hueste estaba la mente previsora de Alejandro, que al poco de hacerse con el reino de Macedonia hacía “*entrenamientos constantes de los soldados y también ejercicios tácticos*” (D.S. 17.2.3) creando así a uno de los ejércitos que más invulnerables sería en la Antigüedad.

Por otro lado, Alejandro se aseguraba a través de tácticas diferentes de que su ejército siempre estuviera contento y le fuera fiel. Una de las técnicas usadas para conseguir esto era la de recompensar a los soldados que hubieran actuado con gran valentía durante las batallas (D.S. 17.40.1; 89.3), además de que, normalmente, entregaba una parte del botín recibido a sus tropas (D.S. 17.64.6; 74.5). Otro método para conseguir esa fidelidad ciega era el de promover que los hijos de sus soldados se alistaran en el ejército, algo que consiguió tras la batalla de Gaugamela, ya que de camino a Babilonia se encontró con “*cincuenta hijos de los amigos del rey, enviados por sus padres como guardianes de la persona del rey*” (D.S. 17.64.1-2).

Asimismo, tras este conflicto llevó a cabo una serie de medidas destinadas a organizar el ejército y, a su vez, asegurarse la devoción del mismo, como fue el ascender a ciertos mandos militares que él consideró que eran los mejores, o mejorar las condiciones de los

soldados rasos, lo que, sin duda, tuvo que provocar un aumento de popularidad hacia su figura. Como objetivo final de esta reforma estaba el hacer que su ejército “*se distinguiera en lealtad hacia su comandante en jefe, para que fuera obediente a las órdenes y también para que fuera insuperable en valor*” (D.S. 17.65.3-4).

Sin embargo, y tras el asesinato de Filotas y de su padre, Parmenión, emergieron entre las tropas de Alejandro ciertas voces discordantes que empezaban a mostrar un cierto malestar con el macedonio, bien fuera haciendo “*comentarios hostiles contra él*” (D.S. 17.80.4) o escribiendo “*cartas enviadas a Macedonia a sus parientes algo contrario a los intereses del rey*” (D.S. 17.80.4). Ante esto, Alejandro zanjó que lo mejor sería juntar a todos estos, junto con aquellos “*afligidos por la muerte de Parmenión*” (D.S. 17.80.4), en un destacamento separado del resto, para que los demás no siguieran su ejemplo, y los bautizó con el nombre de la Compañía de los Indisciplinados. (17.80.4).

Por otro lado, su valentía en los conflictos era inigualable, y tenía por costumbre atacar el primero a sus enemigos. De hecho, en la batalla del Gránico, la primera de Alejandro contra los persas, él “*fue el primero que atacó con la caballería*” (D.S. 17.19.6). Asimismo, Diodoro apunta que, en la batalla de Beocia, organizada por su padre, Alejandro “*fue el primero que rompió la firme formación enemiga*” (D.S. 16.86.3). En general, se ha hablado mucho de su intrepidez y arrojo, pero quizá la prueba más determinante que corrobora este pensamiento sea que en la batalla del Gránico, al luchar el macedonio frente a frente contra el sátrapa de Jonia, este último mencionara “*la famosa audacia de Alejandro*” (D.S. 17.20.3). Era la primera vez que luchaba contra los persas pero estos ya sabían de la valentía de Alejandro, tal era su fama entre la gente.

Una de las cualidades que más destaca Diodoro es el gran sentido de justicia que poseía Alejandro, ideal para organizar políticamente el imperio que estaba intentando construir. Cuando avanzaba hacia Caria, ante el macedonio apareció una mujer, Ada, hija del antiguo rey cario y que había gobernado sobre la región durante un tiempo. Le pedía ayuda a Alejandro porque había sido repudiada del poder por su hermano⁷. El rey macedonio rápidamente la repuso en el trono, lo que causó que se ganara el cariño de los carios, que no tardaron en enviarle embajadas con coronas de oro. (17.24.2-3).

⁷ El hermano de Ada, Pixódaro, había compartido la autoridad con un sátrapa persa y al morir Pixódaro, el gobierno siguió estando en manos del persa (Alasà, 2001: 298, nota 57).

En otra ocasión, enterándose Alejandro de la corrupción, de la arrogancia y de la violencia que poseían muchos de los hombres a los que había dejado a cargo de las ciudades, despojó a todos de sus puestos de poder y les castigó severamente (17.106.2). Asimismo, antes de irse de Asia, hizo un recuento⁸ de los hijos que los macedonios habían tenido con las prisioneras y a cada uno de ellos les otorgó *“pensiones adecuadas para una crianza propia de hombres libres y les puso maestros que les enseñaran la educación adecuada”* (D.S. 17.110.3). No solo era ecuánime con los suyos sino que siempre mostró un comportamiento muy íntegro con sus enemigos, como se ve al otorgarle *“una dote matrimonial mejor que la decidida por Darío”* (D.S. 17.38.1) a las mujeres persas capturadas tras la batalla de Issos. Al mismo tiempo, aseveró que iba a tratar al hijo de Darío *“como a su propio hijo y que lo tendría como merecedor del honor real”* (D.S. 17.38.1-2) incluso llegó a enterrar a los enemigos muertos en esa batalla, aunque solo a aquellos que *“fueron objeto de admiración por su coraje”* (D.S. 17.40.1). Además, en toda la obra de Diodoro se ve como se solía mostrar respetuoso con aquellos a los que derrotaba (17.22.4), así como con las ciudades que se rendían a su mando (D.S. 17.76.2; 91.4; 96.2-3; 96.5).

Normalmente, concedía varias oportunidades a las ciudades antes de atacarlas, y muchas veces conseguía el afecto de los pueblos antes de que se llegase a esa situación (17.2.2), además de que esperaba un tiempo prudencial por si sus rivales cambiaban de opinión y resolvían no enfrentarse a él (17.9.1-2), como fue el caso de Tebas, en el que incluso afirmó que *“el tebano que quisiera se pasara a su lado”* (D.S. 17.9.5) sin ninguna repercusión de cualquier tipo. No obstante, tenía predilección por las ciudades griegas y se mostraba particularmente generoso con ellas, ya que las hacía *“independientes y exentas de pagar impuestos”* (D.S. 17.24.1), incluso afirmaba que *“había levantado la guerra contra los persas por la libertad de los griegos”* (D.S. 17.24.1) La exención de impuestos era un acto muy revelador en sí mismo, ya que la base de la construcción de los imperios—macedonios y persas— se hallaba en el sistema tributario basado en la imposición de gravámenes (Luz, 2015: 51).

Si bien Diodoro se atrevió a asegurar que Alejandro *“superó por la magnitud de sus obras a todos los reyes que han quedado transmitidos en la memoria desde el comienzo de los tiempos”* (D.S. 17.1.3), habría que hacer un lista de todos los reyes de la Antigüedad y

⁸ Eran alrededor de 10,000, acorde con Diodoro (D.S. 17.110.3).

sus hazañas para poder aseverarlo con rotundidad, pero no es complicado asumir que Alejandro estaría de los primeros.

3. 2. Plutarco

Plutarco nació en el año 45 d.C. en Queronea, Beocia, ciudad muy conocida en esos tiempos porque fue donde tuvo lugar la aplastante victoria del rey Filipo II de Macedonia contra las ciudades griegas en el año 338 a.C. Pertenecía a una familia rica y acomodada, por lo que no es extraño que desde muy temprana edad su espíritu curioso quisiera viajar más allá de Beocia y visitar el mundo que le rodeaba, llegando a Atenas y pasando por Alejandría y Roma, donde se asentaría durante un período de su vida y conseguiría trabajar en la corte de Adriano. De hecho, se cree que también pudo ser maestro de Trajano y el encargado de enseñar al emperador el arte de gobernar. Fue nombrado sacerdote en el oráculo de Delfos, lo que marcaría profundamente su manera de ver la vida, tal y como se puede ver en su faceta de escritor, puesto que no pocas veces peca de moralista (Guerra, 2016: 9-10).

Ya desde muy joven le interesó la vida de Alejandro Magno, y le dedicó dos discursos. En uno de ellos, *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*, debatía sobre si el éxito del macedonio se debía al azar y buena suerte o a su inteligencia y capacidades militares (Guzmán Guerra & Gómez Espelosín, 1997: 208). Compuso una serie de obras tituladas *Vidas Paralelas* en las que describe la vida de dos figuras históricas y luego las compara, con el objetivo “*de explicar los mecanismos del carácter humano (éthos)*” (Henríquez, 2005: 637) en la que el éxito o fracaso del personaje se deben a su virtud, algo que muestra el profundo impacto que tuvo la filosofía en la vida de Plutarco. Esta comparación no la haría en todos los casos, ya que en el libro de Alejandro Magno y César no aparecería ese cotejo final, al igual que en otros casos, como el de Pirro y Mario; y siempre era entre un personaje griego y el otro romano, llegando a escribir hasta veintitrés escritos, cada uno con dos personajes, lo que haría un total de cuarenta y seis vidas relatadas. Algunos investigadores consideran que iba a hacer una colección sobre los emperadores romanos, dado que en la lista de historias aparecen Galba y Otón.

Fue un escritor reconocido en su época y aparece mencionado por otros autores clásicos, entre los que destaca Aulo Gelio, Apuleyo o Dion Casio, entre otros. Posteriormente sería muy conocido por su condición de filósofo, dado que escribió una colección de doscientas cincuenta obra denominadas *Moralia*, que tratan temas de contenidos tan variados como la religión, la historia, la filosofía y las hay, incluso, de crítica literaria. Los tratados sobre la religión le acarrearón gran éxito entre los cristianos y estos comenzaron a ver

similitudes entre la moralidad de sus textos y los evangelios, y lo citarían autores creyentes como Eusebio de Cesarea, San Jerónimo y San Agustín, por nombrar algunos. Tiempo más tarde, Erasmo de Rotterdam, seguidor de los textos clásicos en general, sería el encargado de traducir y editar sus obras. (Torrent, 2011: 29-30). Asimismo, este autor consideraba que Plutarco cumplía perfectamente la función de enseñar el cristianismo a otras personas y llegó a decir que “*es el autor más santo tras las Sagradas Escrituras*” (Ortiz, 2000: 93).

Poseía una dualidad a la hora de escribir, ya que si bien era griego había pasado mucho tiempo de su vida viviendo en Roma, ciudad que le influyó profundamente, lo que se ve cuando pone en igualdad las hazañas de los personajes griegos y la de los romanos. Respecto a la vida de Alejandro, se puede considerar que Plutarco pertenece al marco cultural alejandrino-romano, el cual es más tolerante con la figura del macedonio que la tradición griega, que rechaza duramente la personalidad feroz del rey. Tal y como dicen Guzmán Guerra y Espelosín (1997: 209), este apoyo se puede deber a que Alejandro esbozó las primeras estructuras organizativas del que sería el futuro Imperio Romano.

La narración de Plutarco está plagada de elementos aleccionadores que buscan educar al lector en lo que el autor considera que es moralmente correcto, algo que nunca ocultó puesto que dejó bien claro que él escribía “*vidas, no historias*” (Cartledge, 2004: 302). A pesar de esto, no falseaba la información expuesta, y consultó hasta veinticuatro fuentes distintas, todas ellas analizadas críticamente por el autor. Además, en ciertas ocasiones en las que está relatando una situación trágica, Plutarco añade ciertos elementos que contribuyen a crear una escena con efectos extremadamente dramáticos. Un ejemplo de esto puede ser la muerte de Clito el Negro a manos de Alejandro, Plutarco incorpora presagios pesimistas, sueños que preveían lo que iba a pasar, e incluso habla de que Clito no pudo acabar su sacrificio⁹. De hecho, pone en boca de este último una cita de Homero, que contribuye al dramatismo de toda la escena (Mossman, 1988: 88-89).

Además, como afirma Paul Cartledge (2004: 303), su obra no sigue una línea cronológica firme sino que hay saltos temporales en el relato, quizá para destacar los acontecimientos que más útiles le eran en su misión moralista. Es de especial importancia la información

⁹ Insinuando, tal vez, que su muerte fue un castigo de los dioses. Pérez Jiménez expone que “*Plutarco centra nuestra atención en una negligencia de Clito a propósito de un sacrificio*” (Jiménez, 2019: 5), lo que parece confirmar la hipótesis de que su muerte fue un castigo divino.

que narra en la infancia de Alejandro, puesto que es uno de los pocos relatos, si no el único, que desarrolla la niñez del macedonio, ya que la mayoría de autores suelen centrarse más en su vida adulta y en sus expediciones y conquistas.

Plutarco menciona a Aristóteles al hablar de la infancia de Alejandro, pero lo que no explica es que él mismo era uno de los seguidores del filósofo y, en particular, de su teoría “sobre el origen de los sueños proféticos según la cual el alma tiene algo de divino que le hace prever el futuro” (Mañas, 2009: 234). Esto queda patente cuando, en varias ocasiones a lo largo de la obra, aparecen sueños que luego acaban cumpliéndose. De hecho, uno de los ejemplos que mejor ilustra esto es cuando Filipo tiene un sueño en el que sella el vientre de su mujer y en él aparece la imagen de un león (Plu. *Alex.* 2.4), que era un animal considerado regio (Martínez, 2015: 92). Posteriormente, se dice que vio a Olimpia yaciendo a lado de una serpiente, lo que hace que Filipo pierda el interés sexual por ella (Plu. *Alex.* 2.6). Posteriormente, se descubre que el sueño que tuvo el rey se debía a que Alejandro fue hijo de Zeus, que se convirtió en serpiente para procrear con Olimpia. Plutarco empleaba los sueños proféticos con un uso moral, ya que estos se utilizaban para consolidar el carácter moral de los personajes (Romero-González, 2019: 162). No obstante, este tipo de escenas solo aparecen en Plutarco, en ningún otro autor clásico, por lo que puede deberse más a la personalidad de Plutarco, “amante de la anécdota” (Rodríguez, 2015: 12), que a la creencia firme de que Alejandro era hijo de Zeus.

Sea como fuere, real o no, Filipo empezó a mostrar cierto desinterés y desprecio hacia su mujer lo que, sumado al hecho de que tenía más esposas aparte de la madre de Alejandro, afectó profundamente la situación de la epirota y su hijo (Carney, 1992: 171) y acabaría siendo una de las causas del distanciamiento entre Filipo y el futuro rey de Macedonia.

Uno de los rasgos que más se suelen destacar de la personalidad de Alejandro es lo beligerante que era, pero en multitud de ocasiones cuando conquistaba una ciudad siempre les daba la posibilidad de rendirse antes, quizá porque no quería hacerse cargo de unas ruinas destrozadas una vez que se hiciese con la ciudad, o quizá porque realmente no era tan amigo de la sangre como se cree. Respecto a esto, Plutarco nos presenta a un Alejandro que suele dar oportunidades a sus enemigos antes de atacarles (Plu. *Alex.*, 11.7-8), como se muestra cuando Tebas se rebela contra el dominio macedonio y Alejandro se presenta ante las puertas de la ciudad dándoles la opción de rendirse con inmunidad garantizada. Los tebanos se negaron, y Alejandro se lanzó contra ellos, demoliendo la ciudad por completo y borrándola del mapa. La intención detrás de esto era que los demás

griegos “*atemorizados por el escarmiento, se acobardaran y se sometieran*” (Plu. *Alex.* 11.11), para evitar de esta forma tener que repetir la masacre ocurrida en Tebas.

Plutarco enfatiza a lo largo de este libro las cualidades políticas que poseía Alejandro, virtudes muy necesarias para cualquier persona que pretendiese encargarse de un imperio tan grande como el que estaba construyendo él. Estas actitudes están presentes en Alejandro desde una temprana edad, como se observa cuando quedó como regente de Macedonia con dieciséis años porque Filipo II se había ido en una expedición contra Bizancio (Plu. *Alex.* 9.1) y le había dejado encargado de custodiar el sello real, lo que en sí era una profunda muestra de confianza del rey hacia su joven hijo. Aprovechando que el rey no estaba presente, los medos se rebelaron contra Macedonia, aunque fueron rápidamente reprimidos por Alejandro, que capturó su ciudad y la bautizó como “Alejandrópolis”—la primera de muchas— desalojando a la tribu meda y repoblándola con personas de otras localidades (Plu. *Alex.* 9.2). En otra ocasión, en la que Filipo se volvía a encontrar ausente del trono real, Alejandro se quedó al mando del reino y tuvo que recibir a unos embajadores provenientes de Persia, a los que trató con amabilidad y corrección y no solo no les atosigó con ninguna pregunta que pudiera ser considerada infantil—ya que Alejandro apenas era un niño cuando esto tuvo lugar— sino que se interesó por cuestiones relativas al estado de las carreteras de su país y a la fuerza del rey persa (Plu. *Alex.* 5.2).

Al mismo tiempo, en otra parte del libro aparece relatado como Alejandro siempre cuidaba de sus invitados con “*solicitud y extrema exigencia en lo relativo a la mesa para que sus huéspedes fueran servidos y atendidos por igual y abundancia*” (Plu. *Alex.* 23.6). Posteriormente, Plutarco afirma que era “*el más ameno de trato de todos los reyes*” (Plu. *Alex.* 23.7). Era muy importante para él tratar con igualdad a todo el mundo y no quería mostrar preferencia entre sus generales, por lo que, por ejemplo, acudía a Hefestión para discutir asuntos de los bárbaros, mientras que para debatir sobre cuestiones concernientes a los griegos o a los macedonios, hablaba con Crátero, porque sabía que el primero compartía sus mismas opiniones respecto a amoldarse a otras costumbres y culturas y que el segundo situaba a las tradiciones macedonias antes que a ninguna otra. (Plu. *Alex.* 47.6).

Uno de los valores imprescindibles para poder ejercer una buena política era mostrarse bondadoso cuando la ocasión lo requería. Se encontraba Alejandro tras el derrumbe de Tebas por manos macedonias, cuando uno de los mercenarios tracios de su ejército halló su muerte a manos de una mujer tebana, la cual le había tirado a un pozo por haberla

violado. Cuando la llevaron ante el rey para que rindiera cuentas por la muerte de un soldado, se mostró valiente y se comportó con una dignidad propia de una mujer noble, actitud que provocó que Alejandro le preguntase de quién era esposa. Esta le dijo que su marido había sido Teágenes, el cual había combatido del lado de los griegos en la batalla de Queronea, contra el propio padre de Alejandro, Filipo II. El macedonio, después de descubrir esto, y saber el motivo de la acción de la tebana, la dejó libre para que se reuniera con sus hijos (Plu. *Alex.* 11.6). Si algo ablandaba el corazón del joven macedonio, era la sinceridad y la valentía, por lo que consideró que la mujer se había ganado su libertad con su actitud.

Luego de la batalla de Gaugamela, y tras el supuesto exterminio del imperio de los persas, Alejandro otorgó a todos aquellos que le habían ayudado un sinfín de riquezas y altos cargos en el gobierno. Asimismo, abolió todas las tiranías vigentes hasta ese momento y dispuso que cada reino se autogestionase siguiendo sus leyes y costumbres. No se olvidó del atleta Failo, que había ayudado a los griegos en las Guerras Médicas trasladando un barco a Salamina para ayudar, a pesar de que el resto de compatriotas italiotas había dado la espalda a Grecia. Por lo tanto, Alejandro envió a los habitantes de Crotona, en Italia, una parte del botín que había recaudado en Gaugamela, como agradecimiento por el apoyo mostrado a Grecia, ya que, ante todo, el macedonio era un amante de la cultura griega y de sus gentes (Plu. *Alex.* 34.3-4).

No obstante, la bondad es una virtud en tanto que es medida, pues hay veces en las que se puede pecar de ingenuidad. Por eso, cuando sus tropas se entregaron a la holgazanería y a una vida lujosa tras la última batalla—la de Gaugamela, donde acumularon una cantidad enorme de botín— Alejandro les reprendió con suavidad al principio, explicándoles que no se podían abandonar al modo de vida despilfarrador que llevaban los persas, puesto que al final se iban a hacer esclavos de su propia pereza. (Plu. 60.3). A pesar de esto, sus compañeros no le hicieron caso y, de hecho, empezaron a criticarle a sus espaldas, a la vez que lo calumniaban. Inicialmente, el rey soportaba todo esto, porque creía que era normal que *“el rey tenga que oír calumnias personales, aun haciendo el bien”* (Plu. *Alex.* 41.2-3) pero luego comenzó a irritarse, puesto que *“lo que más le sacaba de sus casillas era oír que hablaban mal de él [...] pues le importaba más su buena fama que su vida o su reino”* (Plu. *Alex.* 42.4).

Por último, respecto a las cualidades en el manejo de gobierno de Alejandro es de importancia la vez en la que este, cansado de que se le reprochase al repatriar a los

militares macedonios mutilados y poner en su lugar a jóvenes persas que habían pasado un estricto adiestramiento previo— instrucción que además de entrenar a la manera macedonia, también incluía el aprendizaje de la lengua griega¹⁰— decidió, en un ataque de cólera, destituir a toda su guardia personal y nombrar como lanceros y maceros a hombres persas. Al darse cuenta del error cometido, y apenados por la injuria que habían cometido contra su soberano, los macedonios se presentaron ante la tienda del joven rey para pedirle perdón, rotos de dolor y pidiéndole que “*les tratara como a malvados y desagradecidos*” (Plu. *Alex.* 71.7). Pasaron dos noches ante su tienda y al tercer día Alejandro, que se echó a llorar también, les perdonó entre suaves reprobaciones y empezó a otorgar generosos regalos a los militares licenciados, además de que ordenó que en Macedonia estos tuvieran un asiento preferente en los diversos entretenimientos y exhibiciones que se celebrasen, mientras que a los hijos de los militares fallecidos les concedió una pensión de orfandad (Plu. *Alex.* 71.9).

Otra de las razones por las que Plutarco consideró que el éxito de Alejandro Magno fue tan extraordinario fue por la magnífica propaganda que el experto guerrero manejó para atraer a sus enemigos y mantener a sus aliados de su parte.

Uno de los métodos más usados por el rey para llevar a cabo esa campaña de publicidad encubierta, era el de entregar parte de sus riquezas a sus amigos y aliados, así como a sus súbditos cuando conquistó Asia. Sin embargo, Plutarco a veces atribuye eso a la buena fe del macedonio, como la ocasión en la que se disponía a salir, por primera vez, de expedición a Asia, y se encargó de que todos sus Compañeros tuvieran una excelente situación económica antes de partir, llegando incluso a utilizar parte de la hacienda real, hasta tal punto que cuando ya estaban preparados para salir de Macedonia, Alejandro había perdido gran parte de los bienes de los que poseía en su reino. (Plu. *Alex.* 15.4-7). Plutarco ve en esto una muestra de la buena disposición de ánimo que tenía el rey, pero no sería extraño pensar que el verdadero motivo por el que Alejandro hizo esa repartición de bienes era para ganarse un apoyo absoluto entre sus tropas, y poder contar con su lealtad.

¹⁰ Esto viene a mostrar lo profundamente arraigada que tenía Alejandro su educación, puesto que le preocupaba no solo el estado físico de estos nuevos soldados, sino también el espiritual (Henríquez, 2005: 645).

Cuando Alejandro llegó a Egipto, se presentó ante él Taxiles, un hombre rico de la zona, explicándole que él no tenía interés en combatir contra el macedonio ni sus tropas y que, de hecho, estaba preparado para conceder cualquier favor que Alejandro le pidiera. Ante estas palabras, Alejandro no quiso quedarse atrás y le regaló muchos presentes, así como *“mil talentos de moneda acuñada”* (Plu. Alex. 59.5) lo que provocó como consecuencia que *“muchos bárbaros se mostraran mejor dispuestos con él”* (Plu. Alex. 59.5), algo que sin duda el macedonio había planeado. A partir de ese momento, empezó a ganarse la confianza y el respaldo de algunas de las pequeñas poblaciones asiáticas.

Se recalca mucho de Alejandro la inteligencia que tuvo al saber que la mejor forma de ganarse a sus enemigos era adaptándose, de cierta manera y nunca dejando de lado sus formas macedonias, a las costumbres y vestimentas persas. Estando en Partia, se probó los vestidos partos y, aunque nunca se vestiría completamente como un bárbaro, combinaba las vestimentas medas y persas con las macedonias, de forma que los conquistados pudieran sentirse familiarizados con los ropajes de Alejandro y comenzaran a verlo, paulatinamente, como al legítimo rey. Inicialmente, se ataviaba de esa forma *“cuando se reunía con los bárbaros, y en palacio con los Compañeros”* (Plu. Alex. 45.3) pero con el tiempo empezaría a sentirse más cómodo con ellas puestas y las utilizaría al montar a caballo o en las recepciones palaciegas. Con esto lo que conseguía —aparte de los reproches de sus tropas— era que los pueblos que conquistaba le mirasen con otros ojos, puesto que percibían el respeto que Alejandro tenía en sus costumbres, y la imagen que proyectaba ante ellos era la de *“un rey humanitario”* (Henríquez, 2005: 639).

Poco tiempo después de que ocurriera esa situación, y continuando con esa acomodación progresiva de la cultura macedonia a la de los habitantes de la región—la cual era siempre hecha, en palabras de Plutarco, *“con la mejor disposición y no por la fuerza”* (Plu. Alex. 47.6)— Alejandro decidió que lo mejor para afianzar esa relación era casarse con una mujer de la zona, por lo que escogió a Roxana, hija del sátrapa de Bactria. Si bien muchas de las fuentes clásicas, incluyendo entre ellas a Plutarco, eran de la opinión de que Alejandro se casó por amor, es innegable reconocer la gran ayuda que supuso este matrimonio para estrechar las relaciones entre macedonios y los bárbaros, los cuales terminaron por *“sentir un vivo afecto por Alejandro”* (Plu. Alex. 47.8).

Para finalizar, uno de los ejemplos de propaganda que mejor pueden ilustrar la publicidad que Alejandro elaboraba para mejorar su imagen, tuvo lugar cuando llegó a Persia. Era costumbre entre los reyes de entonces entregar a cada mujer una moneda cada vez que

entraban en Persia, motivo por el cual muchos soberanos no acudían casi nunca al lugar. De hecho, el rey Artajerjes III no pisó la ciudad ni una sola vez, y prefirió exiliarse en otra patria distinta a la suya. Empero, lo primero que hizo Alejandro al pisar el país fue seguir la tradición y repartir el oro entre las mujeres persas (Plu. *Alex.* 69.1-3). Con esto quedó demostrado que Alejandro estaba dispuesto a ser un buen rey de los persas, mejor incluso que los antiguos soberanos nativos, puesto que muchos de ellos no habían querido seguir con la antigua tradición.

La inteligencia y la mente estratégica de Alejandro Magno se debían en parte a la educación que obtuvo de pequeño a la que Plutarco da gran importancia porque consideraba que la única forma de crear hombres libres era a través de la enseñanza (Buitrago, 2007: 217). El proceso educativo por el que pasó Alejandro se conoce en griego como *paideia*, y su propósito era crear a individuos que supieran eliminar de su mente opiniones que se considerasen “*producto de la ignorancia y de la estupidez*” (Henríquez, 2005: 639), por lo que era necesario la formación en distintas áreas de conocimiento que, por lo general, estaban disponibles solo para unas élites distinguidas, además de la ética y la política que se incluía, por lo normal, en la educación de cualquier niño aristocrático. Por lo tanto, Plutarco enfatiza, sobre todo, la instrucción filosófica que recibió de manos de Aristóteles, aunque de por sí ya era de naturaleza curiosa y despierta. Uno de los más conocidos ejemplos de esto es cuando adquirió a su querido caballo, Bucéfalo. Al principio, le habían llevado el equino a su padre para vendérselo, pero el animal se mostraba nervioso y no se dejaba manejar por nadie. Alejandro, que todavía era un muchacho por aquella época, se dio cuenta de que se iba a desperdiciar un magnífico caballo solo por la ineptitud de los hombres que lo manejaban. Su padre permitió que se acercara al animal y, tomándole de las riendas suavemente, el príncipe le puso de cara al sol, ya que previamente había observado que el caballo le tenía miedo a su propia sombra, que se proyectaba en el suelo. Tras unas caricias, el futuro rey de Macedonia se montó en su lomo y se puso a galoparlo. Este sería el preciso momento en el que su padre, Filipo II, exclamaría, mirando a Alejandro: “*Hijo mío, búscate otro reino que sea igual a ti mismo, porque en Macedonia no cabes*” (Plu. *Alex.* 6.8)

Plutarco aprovecha este hecho para introducir el *thymós*, o ímpetu del caballo, entendido como fortaleza. Al dominar Alejandro a Bucéfalo, a ese *thymós*, el autor está mostrando la “*metonimia del joven Alejandro*” (Martínez, 2015: 92).

Siempre se mostró muy intrigado por la filosofía, y su fascinación por ella y los filósofos era evidente en esta obra (Henríquez, 2005: 643), como se ve en los honores que concedió a lo largo de su vida a diversos filósofos, como Anaxarco o Jenócrates, entre muchos otros (Plu. *Alex.* 8.5). Aunque también le fascinaba la literatura, en especial *La Ilíada*, a la que se sentía profundamente unido, quizá porque se sentía identificado con Aquiles, del que se cree que su madre procedía. Consideraba a la obra de Homero como un “auténtico vademécum del arte militar” (Plu. *Alex.* 8.3) y habitualmente la conservaba debajo de la almohada, junto a su puñal. Asimismo, poseía un gran interés en la medicina y a menudo ayudaba a sus amigos a sanarse, proveyéndoles de los mejores tratamientos y remedios. (Plu. *Alex.* 8.1).

Durante sus expediciones, y a pesar de lo atareado que debía estar el rey de un imperio tan grande como el suyo, seguía hallaba tiempo para acudir a charlas filosóficas. Una vez se dirigió a Egipto porque se enteró de que iba a hablar el filósofo Psammo (PL. *Alex.* 27.10) mientras que, en otra ocasión, y habiendo conquistado ya toda Persia, envió a uno de sus acompañantes, Onesícrito—que, además, era discípulo de la escuela de Diógenes—en busca de “los más famosos gimnosofistas” (Plu. *Alex.* 65.2) puesto que quería invitarlos a su corte.

Por último, y para mostrar cómo, en multitud de ocasiones, Alejandro doblegaba al mundo para que sus planes encajaran, se ha de relatar la ocasión en la que las tropas macedonias se hallaban a punto de combatir en la batalla del Gránico. Según las tradiciones macedónicas, los reyes no solían batallar durante el mes desio—nuestro actual mayo-junio— por lo que Alejandro resolvió que, para que no hubiese ningún inconveniente ni conflicto, se computaría dos veces el mes artemisio, es decir, abril. (Plu. *Alex.* 16.2). Esto es tan solo una prueba más de como el intelecto de Alejandro, sumado a su ambición, fue el motivo principal por el que el mundo se plegara a sus pies.

Uno de los elementos más importantes que destacaba Plutarco en *Vidas Paralelas* es la fuerza del ejército macedonio, así como las cualidades militares que poseía Alejandro, por lo que a continuación se verán ciertos puntos sobre la formación militar del reino de Macedonia, además de ciertos rasgos de la personalidad de Alejandro que lo convertían en el militar perfecto. Uno de los ejemplos más claros de esta última aseveración, en los que Plutarco se hace eco de otras fuentes, ocurre cuando explica que “fue el propio Alejandro quien primero rompió las filas del batallón sagrado de los tebanos” (Plu. *Alex.* 9.2) en la batalla de Queronea, en la que luchó junto a su padre frente a los griegos. Heredó

el reino de Macedonia cuando contaba con veinte años, y desde el principio de su gobierno tuvo que hacer frente a los pueblos bárbaros, que no aceptaban el yugo macedonio. Los consejeros de Alejandro le garantizaban que *“debía ganárselos por las buenas”* (Plu. Alex. 11.3) pero el joven no fue nunca un hombre de gran paciencia, y prefirió atacarles con su ejército, consiguiendo, tras una feroz batalla, acabar de una vez por todas con las rebeliones bárbaras.

No obstante, una de las virtudes que el autor más recalca de Alejandro es la lealtad que inspiraba y la propia fidelidad que el macedonio tenía hacia su ejército, antes incluso de ser rey. Filippo II había exiliado a todos los amigos del joven cuando se enteró de que este había arruinado una oportunidad de entregar en matrimonio a su hermano, Arrideo, con la hija del sátrapa de Caria. A pesar de esto, Alejandro ignoró el mandato de su padre y mandó una misiva ordenando que volvieran todos, manteniéndolos, además, *“en su más alta estima”* (Plu. Alex. 10.4).

Esta férrea devoción que profesaban las tropas de Alejandro posiblemente se debe a que la mayoría de los hombres que se encontraban luchando junto a él estaban allí porque querían, puesto que le macedonio en varias ocasiones dio la posibilidad de que los batallones se marcharan hacia su patria si estaban exhaustos, opción que les dio cuando habían cruzado el río Orexartes—actualmente es un río que fluye a través de Uzbekistán, Tayikistán y Kazajistán—explicando a sus tropas que *“no se opondría a quienes quisieran marcharse”* (Plu. Alex. 47.2). A pesar de esto, su ejército siempre estuvo de su lado y en varias ocasiones le aclamaron para que siguiera guiándoles contra sus enemigos. Incluso los griegos empezaron a apoyar a Alejandro cuando se incorporaron a su ejército, como aparece en el capítulo treinta y tres de *Vidas Paralelas*, el macedonio *“dialogó con el continente tesalio y con los demás griegos, quienes le infundieron nuevos ánimos al pedirle que los guiara contra los bárbaros”* (Plu. Alex. 23.1). Otro de los ejemplos más destacados ocurrió cuando, al poco tiempo de entrar en Asia y tras haber ocurrido ya el episodio anteriormente comentado, donde les explicaba a sus soldados que se podían ir si estaban cansados, estos se negaron y, de hecho, *“todos prorrumpieron al unísono en un grito pidiéndole que los llevara al más alejado confín de la tierra”* (Plu. Alex. 47.4)

Además, Alejandro nunca exigía que sus tropas realizaran cosas que él no hubiera hecho previamente, en palabras de autor, el rey *“corría estos riesgos tanto por entrenarse él mismo como para que los demás emularan sus actos de valor”* (Plu. Alex. 41.1). Cuando le llegaron noticias de que Besos, más tarde conocido como Artajerjes, sátrapa de Bactria

y rival de Darío, había capturado al rey persa, Alejandro y un batallón de su ejército se pusieron inmediatamente de camino, llegando a cabalgar seiscientos kilómetros en tan solo once días. Los soldados se encontraban extenuados y muertos de sed cuando se tropezaron con un grupo de macedonios que transportaban agua del río en una especie de cantimplora de cuero. Estos, al ver a su rey tan cansado, rellenaron un casco de agua y se la ofrecieron, Alejandro aceptó el cuenco, pero al mirar la desolación que se reflejaba en los ojos de los demás acompañantes al no poder beber ellos también, el macedonio se negó, ya que sabía que sus soldados se desanimarían todavía más. Tras “*este acto de autodomínio y magnanimidad*”, como declara Plutarco (*Alex.* 42.10), los soldados se recompusieron rápidamente y prosiguieron la marcha más animados que antes.

Otra muestra del profundo sentido de lealtad que tenía Alejandro aparece reflejado en este libro cuando le roban a su amado caballo, Bucéfalo, y amenaza a los que lo hicieron con matar a todos, incluidos mujeres y niños (Plu. *Alex.* 45.4). Esto es solo una prueba más del profundo apego que sentía Alejandro por todos los integrantes de su ejército, sin importar su lugar de procedencia o su tipo de raza.

En cuanto al ejército, se estima que su número varía entre treinta mil infantes y cuatro mil jinetes y treinta y cuatro mil infantes y cinco mil jinetes, por lo menos cuando comenzaron su expedición para conquistar el este (Plu. *Alex.* 15.1). Aunque en otra ocasión, Plutarco dice que Alejandro seleccionó a un destacamento de “*veinte mil soldados de infantería y tres mil de caballería*” (Plu. *Alex.* 47.1) y se especifica que era lo “*más selecto de Hircania*” (Plu. *Alex.* 41.1) por lo que se puede suponer que en este momento la cantidad total de soldados era mucho mayor que la valorada originalmente. A pesar de la cifra numerosa con la que partieron, al empezar a combatir ese dígito empezó a descender, siendo la batalla del Gránico el conflicto donde se perdieron más vidas macedonias, aunque, comparadas con las del enemigo, era una cifra irrisoria. En la batalla de Gaugamela, por ejemplo, Alejandro perdió a 500 hombres, mientras que los persas perdieron a más de 30.000 (Lagos & Bello, 2019: 171). Sin embargo, posteriormente, habría diferentes motivos por los que el ejército perdería su vida, como la escasez de provisiones y las inclemencias del clima (Plu. *Alex.* 58.1).

Normalmente Alejandro protegía el flanco derecho y ponía a Parmenión en el izquierdo (Plu. 32.5), siendo la batalla de Hidaspes, en la India, una de las pocas veces que esto cambió, ya que Alejandro atacó el ala izquierda porque temía a los elefantes situados en

el ala derecha, así como el predominio numérico del ejército del rey Poros (Plu. *Alex.* 60.10).

Plutarco nos muestra a un Alejandro extremadamente astuto, con una forma de pensar profundamente analítica y estratégica que iba a la par con su carismática personalidad. A un Alejandro que era capaz de retorcer al destino para que se acomodara a él (Plu. *Alex.* 25.2) y que a veces se mostraba más supersticioso que religioso (Plu. *Alex.* 33.1-2) dado que muchas veces su superstición¹¹ aparece enmascarada con devoción, aunque siempre hacía los sacrificios pertinentes y se los dedicaba a una gran variedad de dioses (Plu. *Alex.* 50.7; 31.10). Esto anterior puede deberse a que Plutarco pensaba que Alejandro tenía más confianza en “*las cosas que recibía de los dioses*” (Dorda, 2013: 465) que en los oráculos, ya que, por momentos, en las *Vidas Paralelas*, parece que Alejandro no les da mucha importancia a estos últimos, y selecciona de ellos lo que quiere usar como recurso propagandístico, como pudo ser la afirmación de que era hijo de Ammón, en el oráculo de Siwa. En definitiva, “*la religión estaba al servicio del poder*” (Martínez J. M., 2000: 119).

En resumen, la inclinación de Plutarco hacia Alejandro es patente, pero esto no impide que la narración de los hechos sea verídica y concisa, ya que, en vez de modificar situaciones en las que Alejandro cometía atrocidades, prefirió omitir esas partes antes que trastocarlas.

¹¹ Tal y como dice Santana Henríquez, esto se podía considerar un rasgo de “*cultura doméstica*” (Henríquez, 2005: 643).

3. 3. Arriano de Nicomedia

Lucio Flavio Arriano Jenofonte, más conocido como Arriano, nació en el año 86 d.C en una familia de Nicomedia, un pequeño pueblo situado en la provincia romana de Bitina, en Asia Menor. Su familia era griega pero también tenía la ciudadanía romana, concedida tiempo antes de que él naciera, lo que provocó que tuvieran que adoptar el nombre romano de su patrón, el cónsul Lucio Flavio. Su familia era pudiente y era conocida por contribuir a la comunidad ocupando cargos de sacerdotes o de funcionarios municipales, además de servicios militares, puesto que más tarde Arriano tendría un puesto en la armada de Trajano (Hammond, 2013: 14-15).

Al comienzo de su vida, Arriano fue discípulo de Epicteto, filósofo estoico, y acabaría escribiendo ocho volúmenes basándose las notas que tomó bajo su dirección, a los que tituló *Las diatribas de Epicteto*. Posteriormente acabaría siendo amigo del emperador Adriano, pero al principio fue miembro del consejo asesor del gobernador de la provincia de Acaya, cuya capital era Corintio. Asimismo, y con un modelo semejante de composición al de la *Anábasis*, Arriano escribió *Parthica*, una obra acerca de las guerras que tuvieron lugar en Partia durante los años 114 y 117 d.C., en las que él participaría dirigiendo una operación militar en las puertas Caspias¹²—el actual desfiladero de Darial— como rango de équite.

En cuanto a la creación de la *Anábasis*, algunos estudiosos indican que debió componerla tras retirarse de la vida pública, mientras que otros opinan que la escribió en los albores de su juventud, aunque todos están de acuerdo en señalar que es “*el mejor texto antiguo que se conserva sobre el macedonio*” (Cartledge, 2004: 305) debido a su minucioso uso de fuentes, puesto que utilizó múltiples y muy diversas, aunque los escritos que más aparecen mencionados son los de Ptolomeo¹³ y Aristóbulo. Esto, posiblemente, sea debido a que los dos autores citados escribieron tras la muerte de Alejandro y, por tanto, y en opinión de Arriano, no tenían porque escribir un libro propagandístico (Lagos & Bello, 2019: 168). Asimismo, Arriano proporciona una información exhaustiva al lector,

¹² Coincidentemente, esa zona se conoció durante muchos siglos como “*Las puertas de Alejandro*” ya que se le atribuía a él la creación de esta barrera, concebida para impedir la entrada de los bárbaros a las tierras del sur (Anderson, 1932: 11-15).

¹³ En el libro seis Arriano dice que “*according to Ptolomy, the son of Lagus, the main source I choose to follow...*” [Según Ptolomeo, hijo de Lagos, la principal fuente que elijo seguir...] (Arr. 7.2.4).

con datos de temas muy diversos, de forma tal que se puede saber en que fecha ocurrió una batalla o quién era el satrpa de una provincia determinada del Imperio, incluso se puede saber cuanto tiempo estuvieron determinados personajes en el poder (Cartledge, 2004: 305).

Otra razón de peso por la que esta *Anábasis* se considera la mejor fuente de conocimiento sobre Alejandro Magno se halla en que Arriano no halaga en exceso a Alejandro, ni especifica solo los detalles que hacen engrandecer la figura del macedonio. No obstante, sigue siendo una obra concebida para exaltar a la figura del rey y en ciertas ocasiones encuentra pretextos para excusar los comportamientos delirantes del macedonio. La diferencia radica en que, muchas otras veces, critica el comportamiento de Alejandro y le juzga severamente (Cartledge, 2004: 305). Esta mayor libertad de expresión con respecto a otras fuentes clásicas puede deberse a que Arriano confeccionó su obra cuatro siglos después de que Alejandro pereciera y no contaba con presiones externas que le instarían a calumniar o encumbrar al rey.

Tal y como sugiere Hammond (2013: 35) es posible que tuviese un propósito oculto que sirviera como razón para escribir su obra, ya que Arriano pertenecía al segundo movimiento sofístico, el cual estaba involucrado en promover la vuelta del ático, un dialecto griego, ya que en el imperio romano se usaba un griego post-helenístico llamado *koine*. Además de eso, sus miembros usaban con orgullo el griego y fomentaban la cultura y la historia de Grecia, ya que buscaban un “*renaissance that could resist the power of Rome at least in cultural terms*” [renacimiento griego que pudiera resistir el poder de Roma, al menos en términos culturales] (Hammond, 2013: 36).

Uno de los principales objetivos que tenía Arriano en mente al escribir la *Anábasis*, era la de convertirse en el primer historiador que construyera una biografía adecuada de Alejandro. Para Hammond (2013: 27) el de Nicomedia quería emular, en cierto sentido, a Homero produciendo a Aquiles, o a Jenofonte narrando las campañas ocurridas en la *Expedición de Los Diez Mil*, aunque siempre con el firme propósito de no dejarse llevar por su opinión del macedonio, además de que quería concebir una obra que fuese una fuente fiel de las hazañas de Alejandro. Con estas intenciones tenidas en cuenta, Arriano determinó que el mejor enfoque para conseguir este fin era el de usar fuentes clásicas que hubieran estado presentes durante la vida del conquistador, por lo que, principalmente, consultó a Ptolomeo y a Aristóbulo, aunque también empleó información que consideró creíble y fiel a la realidad (Hammond, 2013: 27-35).

Pese a que muchas veces dejó que se percibiera su adoración hacia Alejandro, esto no le impidió nunca destacar sus fallos y vicios, puesto que, en palabras de Hammond: “*Arrian’s admiration had its limits*” [la admiración de Arriano tenía sus límites] (Hammond, 2013: 35) Lo que sí deja ver de forma clara era su crítica a la superstición del rey, ya que consideraba que la religión era un elemento imprescindible del helenismo. De Alejandro escribe que “*se transformó en supersticioso cuando comenzó a gustar de las costumbres bárbaras*” (Aburto, 2016: 109). Consideraba que la religión era lo que mantenía unidos a los griegos y pensaba que era indispensable para conseguir la armonía entre las distintas polis (Aburto, 2016: 126-127).

La *Anábasis* no fue la única obra que Arriano escribió sobre Alejandro ya que también redactó el libro conocido como *Índica*, acerca de la expedición que tuvo Nearco, uno de los generales de Alejandro, al dirigir las flotas del macedonio desde el río Indo hasta el Tigris (Hammond, 2013: 37). Su forma de escribir se asemeja, intencionadamente, a la de Jenofonte, en el sentido de que Jenofonte escribía la acción directamente, sin detenerse en ninguna digresión¹⁴. Esto se ve con Arriano porque este comienza el libro directo a la narración del conflicto, ya que “*quiere reflejar las acciones guerreras de Alejandro*” (Cerezo, 1999: 224), lo que le diferencia de otros autores, como Plutarco, que detallaban más otros aspectos de la vida del macedonio. Asimismo, Arriano se compara con Jenofonte al manifestar que este último fue discípulo de Sócrates mientras que el de Nicomedia lo fue de Epicteto, y, de hecho, en otras obras suyas expone que “*algunos de los discípulos de Epicteto se esforzaban en escribir al modo de Jenofonte*” (Cerezo, 2003: 39) No obstante, Arriano parece erigirse como un segundo Jenofonte más que como un seguidor suyo (Cerezo, 2003: 40).

Uno de los elementos que más destaca Arriano acerca de Alejandro Magno y las razones de su grandeza, es el ejército que tenía y lo bien que Alejandro sabía controlarlo, además de las las cualidades militares por las que sobresalía el rey, tal como su poderosa mente analítica o su capacidad estratégica.

A pesar de que Alejandro habría triunfado de todas formas, la potencia de su ejército contribuyó a su éxito y siempre estuvo a su altura. Arriano relata una vez en la que una parte de sus tropas estaba perdiendo contra los bárbaros, por lo que los batallones

¹⁴ Se llama *mimesis* al intento de imitación del estilo de escritura de los autores antiguos (Cerezo, 2003: 27).

restantes, y él mismo, se subieron a sus caballos y recorrieron doscientos setenta kilómetros en tres días (4.6.4). Asimismo, es de recalcar la extraordinaria camaradería que existía entre todos los soldados, en la que además muchos padres trabajaban junto a sus hijos¹⁵. Incluso con los mercenarios contratados seguía apareciendo esa fraternidad, como se menciona en una ocasión en la que, antes de la batalla de Issos, y para preparar a su ejército para el combate, Alejandro, llama por su nombre y título a varios miembros de su ejército (2.10.2-3).

El macedonio siempre tenía la última palabra sobre la estrategia que iban a seguir sus tropas, pero él habituaba a consultar con sus generales su opinión y, de hecho, muchas veces estos le hicieron cambiar de parecer respecto a ciertas maniobras que iba a seguir o, incluso, fueron los que persuadieron a Alejandro para que se volviera a Macedonia después de haber conquistado parte de Asia, a pesar de que él no quería pero era lo que le solicitaban sus soldados (5.28.4).

Arriano indica como ejemplo de esto la ocasión en que, estando en Susa, Alejandro organizó varios matrimonios entre sus soldados y mujeres asiáticas, además de elegir una mujer para él también, y celebró su misma boda a la vez que todos los demás, gesto que, el autor explica, “*was regarded as a prime example of Alexander’s popular touch and sense of comradeship*” [se consideró un ejemplo excelente de lo naturalmente cautivador que era Alejandro, así como el sentido de camaradería que poseía] (Arr. 7.4.7). Asimismo, Alejandro no solo dio una dote a cada una de las novias, sino que ordenó inscribir en un registro a todos aquellos que tenían esposas orientales—una cifra que superó las diez mil personas— y el rey les otorgó un regalo de bodas a todos (7.4.8). Sería ese momento en el que Alejandro tomaría la decisión de saldar las deudas que tuvieran todos los miembros de su ejército, por lo que decretó que los soldados que quisiesen se incribieran en un papel, anotando la cantidad que debían. Al principio, los militares recelaron, por lo que el rey macedonio organizó varias mesas con bolsas de oro, supervisadas por varios generales, para que los hombres pudieran coger ellos mismos lo que requirieran (7.5.1-4).

Este compañerismo ocurría como consecuencia de la exacerbada lealtad y devoción que demostraba el ejército a Alejandro, pero también, en multitud de ocasiones, era el rey el

¹⁵Como se puede ver cuando Arriano está nombrando a cada miembro del ejército de Alejandro (Arr. 1.14 2-3).

que mostraba un asombroso apego por sus tropas y su preocupación por ellos igualaba a la que los soldados tenían por él. Uno de los actos que más le valió a Alejandro para aumentar su popularidad entre el ejército tuvo lugar mientras se encontraban en Caria, permitiendo a todos aquellos que se habían casado recientemente—que habían aprovechado a hacerlo antes de irse de expedición a Asia— que volviesen a Macedonia con sus mujeres durante un tiempo, mandando incluso a uno de sus Guardaespaldas, Ptolomeo. Los Guardaespaldas¹⁶ del rey eran un grupo de élite formado por siete de los militares más cercanos a Alejandro, y eran parecidos, aunque no iguales, a los Compañeros, puesto que los Guardaespaldas reales tenían que proteger al rey en todo momento, durante las cacerías, en batalla, etc (Hecker, 1992: 217).

Tras la batalla del río Gránico, varios miembros del ejército de Alejandro perdieron la vida luchando. El macedonio los enterró con sus armas y otros pertrechos y a sus familiares les concedió la exención de pago de impuestos y gravámenes (1.16.5) Además, si un hombre moría dando su vida en batalla, se les enterraba con honores y se les erigía una estatua conmemorativa de bronce en sus ciudades de origen (7.10.4). No obstante, no solo concedía privilegios y presentes a los soldados fallecidos, sino que también se encargaba de los veteranos o enfermos, asentándolos en ciudades que se habían quedado vacías, al huir de ellas los enemigos de Alejandro, y que contaban con una buena localización (5.24.7). Esto pone de manifiesto que el rey seguía preocupándose por sus soldados, incluso aunque estos dejaran de formar parte del ejército. Por otra parte, si Alejandro consideraba que un soldado había actuado de forma sublime en alguna contienda, se lo agradecía delante de todos—es decir, lo mencionaba cuando hacía algún discurso— y le premiaba con grandes cantidades de dinero (2.12.1-2). Siempre incluía al ejército en su toma de decisiones y normalmente tenía en cuenta la opinión de la gente que le rodeaba, como se puede ver cuando en Gaugamela reunió a varios de sus consejeros más íntimos, entre ellos a sus apreciados Compañeros, “*his generals and squadron commanders, and the leaders of the allied and mercenary troops*” [a sus generales y comandantes de escuadrón y a los líderes de las tropas aliadas y de los mercenarios] (Arr.

¹⁶ Se conocían como *Somatophylakes* y eran siete, aunque más tarde Alejandro añadió a Peucestas por sus méritos en una batalla. Eran Leonato, Hefestión, Lisímaco, Aristonoo, Pérdicas, Ptolomeo y Peitón (Arr. 6.28.4). Llama la atención que Crátero no estuviera incluido, ya que era uno de los generales más fieles y queridos por el rey, pero esto puede deberse a que no procedía de una familia noble, lo cual era requisito indispensable para pertenecer a los *somatophylax* (Hecker, 1992: 96, 218-219).

3.9.3-4) para deliberar si era conveniente atacar en ese momento o esperar. Otra ocasión sería la anteriormente mencionada donde congrega a sus Compañeros y personas más cercanas a él para decidir si abandonar para siempre su sueño de construir el mayor imperio del mundo y volverse a Macedonia de nuevo (5.28.4).

Sin embargo, estas muestras de admiración y afecto también se encuentran a lo largo de la *Anábasis* pero del lado contrario, es decir, de parte del ejército hacia Alejandro. Uno de los ejemplos más claros de esto aconteció cuando uno de los sátrapas de la india, Astis, se alzó contra el rey. Alejandro inmediatamente fue a la ciudad rebelde para combatir contra él aunque tuvo la desgracia de herirse en el proceso, ya que en la lucha que se desencadenó recibió una flecha en el hombro. Tal fue la furia de sus soldados al ver que su rey había sido herido, que todos aquellos enemigos que no murieron en batalla fueron masacrados por el ejército del macedonio, tan rabiosos estaban que no capturaron prisioneros para vender (4.23.3-5). Y es que, si bien las tropas siempre eran implacables en sus ataques, lo que proporcionaba una notoria victoria para el lado macedonio, en ocasiones sus logros se veían opacados por su brutalidad, como ocurrió tras el sitio de Tyre, donde a los prisioneros los “*paraded them on the wall [...], then cut their throats and thrown them into the sea*” [hicieron marchar hacia un muro [...] luego les cercenaron las gargantas y los lanzaron al mar] (Arr. 2.24.3-4). Esta práctica demuestra lo absolutamente feroz que se había vuelto Alejandro, puesto que, a diferencia de los esclavos que se capturaban de la ciudad, que solo se utilizaban como moneda de pago para otras cosas, los prisioneros solían proceder de familias prestigiosas y a cambio de ellos se podía pedir un rescate más cuantioso (Luz, 2015: 50).

No obstante, este comportamiento tan sanguinario no era reprochado por Alejandro, ya que él era igual, o incluso más cruel que ellos, como lo demuestra el trato que le confirió a Bessos, asesino y sucesor Darío III, puesto que exigió que se presentara delante de él desnudo, encadenado y con el cuello atado, para posteriormente azotarle y mandarle a Bactria para que le ejecutaran (3.30.3-6). Además, en otra ocasión, Aristóbulo (citado por Arriano) menciona la vez que una ciudad entera se rindió ante Alejandro pero él los mató a todos igualmente, aunque Arriano afirma que otra fuente, Ptolomeo, indicó que a los hombres que se habían rendido los unió a su ejército (4.3.5).

Además de imitar los comportamientos de su rey, se puede decir que las tropas eran, de cierta forma, muy dependientes de Alejandro, ya que estando en Opis la mayoría¹⁷ de guerreros le pidieron que diese la vuelta y se asentará definitivamente en Macedonia, pero cuando el rey accedió a sus ruegos—de mala manera y a desgana— y empezó a sustituir a los contingentes macedonios por hombres persas, los peticionarios se dirigieron hacia las habitaciones reales, buscando a Alejandro, y una vez dentro de ellas se tiraron al suelo para “*symbolize their supplication of the king*” [como símbolo de sus súplicas al rey] (Arr. 7.11.4).

Una de las conductas de Alejandro que más conmovió a su ejército tuvo lugar cuando se encontraban en Gaza, preparados para asaltar la ciudad. El macedonio había hecho todos los preparativos necesarios y solo le faltaba hacer sacrificios a los dioses, como era habitual antes de una batalla, cuando su adivino, Aristandro, le dijo que iban a conseguir capturar la ciudad pero que él no debía participar en el conflicto porque le podría pasar algo malo. Alejandro hizo caso de estas palabras hasta que le llegó noticia de que un escuadrón estaba teniendo graves problemas para repeler a los enemigos, por lo que, apresuradamente, y sin consideración ninguna hacia los presagios interpretados por su clarividente, fue a ayudar al batallón que se hallaba en peligro. Al final consiguieron repeler a los enemigos, pero Alejandro sufrió un golpe en el hombro ya que fue herido por una catapulta (Arr. 2.26.4; 27.2).

Cuando estaba bajo las órdenes de Alejandro el ejército era una máquina de guerra infalible, pero por sí mismos eran una amenaza inflexible, y era precisamente eso lo que hacía excepcional a este ejército. Cada general era extremadamente versado en el arte militar, por lo que Alejandro confiaba en las maniobras que preparasen, como se vió en el asedio de Tebas cuando Ptolomeo decidió abalanzarse sobre la ciudad por su cuenta, ya que veía que Alejandro estaba tardando, para su gusto, demasiado en arremeter contra los tebanos. Al ver que Ptolomeo estaba organizando a su escuadrón y preparando una estrategia, Alejandro decidió unirse y convocó al resto de las tropas (1.8.3) En otros momentos simplemente delegaba ciertas responsabilidades a sus generales, con la única

¹⁷ Las tropas macedonias habían empezado a temer que Alejandro estuviera intentando reducir la influencia que los macedonios tenían en su ejército, puesto que hacía poco tiempo el rey había presentado en público a treinta mil cadetes orientales, equipados con armas y vestimentas macedonias, a los que Alejandro llamó *Epigonoi*, o Siguierte/Nueva Generación (Arr. 7.6.1-2). Como explica Carney (2000: 284), los soldados se dieron cuenta con la llegada de los epígonos que eran reemplazables.

orden de conquistar la ciudad o el sitio marcado, pero no establecía que estrategia debía seguir cada uno, tal y como se ve en el libro cinco (23.6-7).

Debido a este respeto y fidelidad mutua, el ejército, junto con Alejandro, eran capaces de tramar maniobras conjuntamente, como fue el caso de la batalla contra los uxianos en los que todos los jefes de brigadas (Pérdicas, Amintias y Filotas, entre otros) trabajaron con sus escuadrones sigilosamente para que no se enterase el enemigo (3.18.6-9). Cuando varias ciudades bárbaras se rebelaron contra el dominio de Alejandro, este ordenó a Crátero que se fuese con una sección del ejército a Cirópolis y empezase a construir máquinas de asedio delante de la ciudad. En realidad, lo que consiguieron con esto fue evitar que Cirópolis, la más grande de las ciudades de su alrededor, pudiese enviar su asistencia a otras ciudades cuando Alejandro las empezara a conquistar, ya que estaría demasiado concentrada en Crátero y sus tropas (4.2.3). Lo mismo ocurrió antes de enfrentarse a Poros, Alejandro dividió a su ejército en pequeñas unidades encargadas de arrasar con lo que se encontrasen del territorio indio, mientras que otras se encargaban de navegar en distintas direcciones, para así despistar a Poros y que no pudiera concentrar toda su defensiva en un solo punto (5.9.2-4). El último ejemplo de esta toma de estrategias en común tuvo lugar cuando Alejandro se encontraba navegando entre los ríos Hidaspes y Acesines. Para una invasión más fácil, el rey mandó que una parte de las tropas se ubicaran con Crátero en un lado del Hidaspes; a Nearco lo envió junto con el resto de su armada, río abajo, y el resto que quedaba de su ejército fue fraccionado en tres destacamentos: Hefastión se encargaba de cabalgar cinco días antes de Alejandro para que los enemigos que huyeran se toparan con el rey macedonio. Si aún así algún bárbaro conseguía escaparse, Ptolomeo se enfrentaría a ellos, ya que sus mandatos eran de ir tres días por detrás de Alejandro (6.5.5-7).

Por otro lado, las tácticas que ideaba Alejandro por sí solo eran variadas y diferentes, pero algunas de las más comunes era la de pillar por sorpresa al enemigo (1.6.10) y que este no fuera nunca capaz de verlo venir (Arr. 3.18.7; 1.2.4), así como confundir a los rivales con maniobras diversas para que no se esperasen lo que fuera a acabar haciendo el macedonio (1.27.7). Un ejemplo de esto fue cuando estaba a punto de enfrentarse a Poros, ya que sabía que el rey indio tenía mayoría numérica y entre sus filas luchaban elefantes, así que lo que hizo fue que, todas las noches, su ejército se ponía el equipamiento militar completo y desfilaba a lo largo del río, que le separaba de sus adversarios, vociferando y profiriendo gritos de guerra. Al principio, Poros se ponía en guardia y ordenaba que sus

tropas se alzasen, pero al ver que era algo que Alejandro hacía de forma rutinaria, empezó a bajar la guardia y llegó un momento en el que ya no hacía caso a lo que pasara en la orilla contraria a la suya (5.10.3-4). En otras ocasiones, fingía que los macedonios habían huido para conseguir que los rivales, alentados por esto, saliesen de la ciudad donde estaban resguardados y les pudiera pillar Alejandro por la retaguardia (4.26.2-4). Asimismo, antes de batalla solía mandar a ojeadores a territorio enemigo, para ver cómo estaba alineado el ejército (1.12.7) y, en caso de que fuera necesario, alterar la posición de sus tropas¹⁸.

Al querer tomar desprevenidos a sus rivales, en muchos momentos Alejandro tenía que elegir rutas complicadas de seguir para un ejército, además de que eran poco comunes, para que sus contrincantes descartaran ese recorrido como posible ruta, como ocurrió cuando Alejandro aventajó a los malavas por el desierto (6.6.3). Sin embargo, a veces tomaba el camino más difícil porque *“he had heard that no one had yet succeeded in getting an army through here safely”* [había oído que nadie había conseguido atravesar esa ruta con un ejército de forma segura] (Arr. 6.24.3). Y es que a veces ponía en riesgo su seguridad, o la de sus tropas, para alcanzar la gloria y llegar hasta donde nadie había llegado (4.21.2-4). Era bastante controlador y analizaba todas y cada una de las acciones que iba a tomar él, además de que reflexionaba sobre la forma en la que podían responder los enemigos (5.11.3-4; 23.7). A pesar de todas esas estratagemas, consideraba que las victorias debían de ser francas y ganadas en una batalla cara a cara con el enemigo, puesto que consideraba que *“a stolen victory was demeaning”* [un triunfo robado sería humillante] (Arr. 3.10.2).

Por otro lado, Arriano apunta numerosas veces como Alejandro no solo guerreaba de forma excelente, sino que además era un eficaz gobernador, tanto de las ciudades conquistadas como del reino de Macedonia. Cuando se enteraba de que alguno de los sátrapas que había dejado encargado de cuidar una villa era injusto con sus súbditos y hacía una mala gestión de la administración, no tardaba en echarlos del cargo y poner a otra persona más idónea en su lugar (7.4.2). Alejandro tenía como precepto que, en su

¹⁸ De hecho, ese fue el caso en la batalla de Issos. Alejandro percató de que la caballería persa estaba situada en el ala derecha de Darío, es decir, la izquierda de Alejandro, y se dio cuenta de que en ese lado, él solo tenía a los Peloponenses y a la caballería aliada—insuficiente para enfrentarse a la persa— por lo que rápidamente arregló ese error, enviando más monturas a ese lado. (Arr. 2.9.2)

imperio, la opresión de los gobernados por parte de los gobernantes no estaba permitida, y penaba gravemente a los dirigentes que incumplían esto (6.27.5).

De igual forma, no siempre que se adueñaba de una ciudad imponía su cultura y formas de vida ya que en ocasiones mantenía el estatus anterior del lugar y conservaba las instituciones ya existentes, como ocurrió en Lidia, donde Alejandro “*granted the Sardians and the rest of the Lydians the right to their ancient Lydian institutions and autonomous status*” [concedió a los sardos y al resto de los lidios, el derecho a sus antiguas instituciones y su estatus autónomo] (Arr. 1.17.4). Con esto no queda claro si Alejandro dejaba a alguien en el poder, encargado de ordenar el territorio o dejaba libre administración a los sardos y lidios (Luz, 2015: 51)

Por otro lado, en Epiro, el macedonio repatrió a todos los que habían sido exiliados de la ciudad por apoyarle, además de que acabó con la oligarquía existente e instauró una democracia (1.17.10). El establecimiento de la democracia es algo que Alejandro acostumbraba a hacer, como se ve en (2.5.8-9) y en (3.27.5), a pesar de que no le convencía del todo esta forma de gobierno, pero la escogía por encima del sistema persa de oligarquías (Lagos & Bello, 2019: 169).

Cuando estaba llegando hacia Aspendo unos cuantos embajadores de la ciudad le salieron al encuentro para ofrecerle la ciudad y para pedirle que no estableciera ningún cuartel ni regimiento en ella. Alejandro accedió, pero a cambio exigió que le pagasen cincuenta talentos, como aportación al salario de las tropas, y que le proveyesen con los caballos que habían criado como tributo al rey de Persia (1.26.2-3). Esta misma situación se repite varias veces a lo largo de la *Anábasis*, con la diferencia de que a veces Alejandro requería rehenes, aparte de dinero y caballos (1.27.4), ya que lo normal para los macedonios era exigir dos pagos: uno en especie y otro en hombres (Luz, 2015: 50). Sin embargo, otras veces, como la sucedida en Massaga, una ciudad india, lo que solicitaba era que los soldados se incorporasen a su ejército y luchasen en las expediciones que emprendiese Alejandro (4.27.3). Otra ocasión en la que reclamó guerreros fue en Nysa en la que “*demanded that they should send with him some three hundred of their horsemen men, and select to go with him too the best hundred men of their governing elite*” [demandó que le enviaran a unos trescientos jinetes y a los cien mejores hombres de la élite gobernante] (Arr. 5.2.2). Asimismo, en Malwa también peticionó mil de los hombres dirigentes para o bien mantenerlos como rehenes o bien para enrolarlos al ejército hasta que acabase su campaña por la India (6.14.3).

El ejemplo de la división de Egipto es uno de los mejores para ver la alta capacidad gobernante que tenía Alejandro, ya que otorgó el control gubernamental a varios sátrapas y Compañeros, algo normal para los macedonios, ya que Alejandro siempre que conquistaba una región deponía el gobierno anterior que estuviera impuesto e instituía uno propio en el que, por lo general, las personas más cercanas a él tenían un papel importante (Luz, 2015: 50). Esto fue lo que hizo Egipto, aunque con más motivos esta vez, ya que sabía que dejar Egipto en manos de un solo hombre era muy peligroso, porque equivalía a delegar demasiado poder en un solo hombre (3.5.2-7).

Por último, me gustaría recalcar que Alejandro manejó como ningún otro la maquinaria propagandística. Llegó hasta tal punto, que en Nysa, la sola visión del macedonio vestido de guerrero provocó pavor en sus enemigos (5.1.4), además de que, en la batalla contra Poros, muchos adversarios huyeron cuando se enteraron de que Alejandro en persona se hallaba presente (5.15.2). En Aspado, únicamente la mención de su nombre hacía desaparecer a sus contrincantes (4.24.2), al igual que pasó en Ascenia, que los bárbaros abandonaron toda posibilidad de lucha cuando se dieron cuenta de la proximidad de Alejandro (4.25.7).

Arriano presenta a un hombre cuya sola mención de su nombre provocaba en la población sentimientos tanto de pavor como de alegría, una figura que acumulaba una lealtad tan grande que hasta sus enemigos cayeron subyugados a sus pies, como sucedió con dos de sus grandes rivales, Poros y Darío (5.18.6-7), llegando a exclamar este último “*¡Si yo no puedo ser rey de Asia, que lo sea Alejandro!*” (Arr. 4.20.3). Es una de las pocas figuras históricas que inspiró recelo y devoción a partes iguales y cuyo carisma casi sobrepasaba a sus cualidades militares. Si algo queda claro al revisar la obra de Arriano, es que el nombre de Alejandro no deja indiferente a nadie.

4. Autores latinos

4. 1. Quinto Curcio Rufo

Hay pocas certezas cuando se habla de Quinto Curcio Rufo, no solo porque se perdiese parte de su obra acerca de Alejandro Magno—se conservan ocho libros, y con lagunas, de los diez volúmenes que se considera que escribió— sino porque se sabe poco sobre su figura. No se sabe con certeza en que año nació, únicamente que probablemente vivió durante el reinado de Augusto, Claudio o Vespasiano, siendo más aceptada la versión de que su emperador fue Claudio (Guerra & Espelosín, 1997: 216), que estuvo en el poder durante los años 41 y 54 d.C., aunque también pudo haber sido el reinado de “*Nerva o de Séptimo Severo, de Gordiano III o de Constantino, de Teodosio.... indistintamente*” (Villafranca, 1985: 6). De él solo se conoce su nombre y su pertenencia al Imperio Romano. El único elemento que podría dar una fecha más exacta acerca de la época en la que Quinto nació y escribió es el prólogo, pero este se ha perdido (Aprile, 2021: 36).

No obstante, hay ciertos elementos en su obra que pueden ayudar a los investigadores a datar el periodo por el que estaba pasando el Imperio Romano al finalizar la obra de Quinto. En relación con la muerte de Alejandro, el autor hace una digresión sobre la época que estaba pasando Macedonia (Curt. 10.9.1-6), en la que menciona a un “príncipe” salvador del Imperio Romano porque llegó en un momento de gran tensión en Roma que podría haber acabado en guerra civil, por lo que se sobreentiende que la obra es posterior a la aparición del emperador Augusto, primer emperador de Roma (Monferrer, 2003: 8).

Su *Historia de Alejandro* fue escrita en una fecha entre el 20 d.C. y el 70 d.C., pero no se puede delimitar más la información (Guerra & Espelosín, 1997: 216). Para redactarla se basa en varias fuentes para componer el escrito, como pudieron ser Clitarco o Ptolomeo pero solamente aparecen dos ocasiones donde las fuentes son citadas, ambas encontradas en el libro nueve: Clitarco y Timágenes (Bosworth & Baynham, 2000: 9).

Hoy en día, no se tiene esta obra como “*una fuente de conocimiento rigurosamente histórico*” (Mahecha, 2009: 256) puesto que incluye ciertos hechos sobre Alejandro que no son del todo fiables, como su encuentro con las Amazonas (Monferrer, 2014: 82). A pesar de esto, Jaime Mahecha, en su estudio sobre las cartas aparecidas en la *Historia de Alejandro*, determina que Quinto Curcio sí que tenía intención de ser una verdadera

biográfica histórica, aunque prima por encima de todo un relato conexo y comprensible. Debido a esto, en su búsqueda por un texto claro, su línea cronológica a menudo no sigue el orden que debería (Mahecha, 2009: 257).

A pesar de todo, su escrito inspiró a una de las grandes obras sobre Alejandro de la Edad Media: *Alexandreis*, del francés Gautier de Châtillon, que se basó en la obra de Quinto para escribir la suya propia. Este autor narra la vida de Alejandro y le hace una “limpieza” de defectos, puesto que su relato es más bien ensalzador hacia la figura del macedonio, sin mención de las pruebas del carácter excéntrico que poseía el rey, como su afición “*a las celebraciones báquicas*” (Mestres, 2002: 63) o su posible tendencia a la homosexualidad. Esto se debía a que en la Edad Media esto era visto como antinatural, además de que fue un período en el que se optó por escribir solo acerca de las virtudes de Alejandro. A su vez, la obra de Châtillon sirvió de fuente principal¹⁹ para *El libro de Alexander*, de autor desconocido pero de procedencia española, ya que el libro está escrito en castellano medieval.

Una de las cosas que destacan de la obra de Quinto Curcio sobre otros escritos sobre Alejandro, es el punto de vista dual que hace. Esto es, no solo indica lo que pasaba por la cabeza del rey macedonio ni los hechos que ocurrían bajo su mano, sino que también le otorga voz a Darío III y permite ver sus estrategias y los motivos detrás de estas, lo cual facilita que el lector pueda conocer más a Alejandro, puesto que conociendo a Darío se conoce a Alejandro. Además, es una oportunidad para meterse dentro de la cabeza de uno de los conquistadores más prolíficos de la Antigüedad.

Su estilo de escritura es versátil, puesto que es bastante literario en la narración de algunos hechos, siendo uno de los ejemplos más importantes el del juicio por sedición de Filotas, aunque en otra multitud de ocasiones, como cuando está a punto de acontecer una batalla, Quinto se extiende—quizá en exceso—en detallar discursos grandilocuentes, como los que hace Alejandro en varias ocasiones (como la de 6.2.24), Darío (4.10.29-34) o Ceno, general del ejército macedonio y yerno de Parmenión (9.3.5-15). De hecho, algunos filólogos han comparado estas peroratas con “*los ejercicios utilizados por las escuelas retóricas romanas para entrenar a sus alumnos*” (Aprile, 2021:37). Por otro lado, hay veces en las que su forma de escribir es más personal, dando su opinión sobre

¹⁹ No solo tradujo la obra, sino que la iba ampliando a su vez. También usó la obra de Quinto Curcio como base de su escrito (Mestres, 2002: 64).

determinados elementos²⁰ y criticando algunos aspectos de la personalidad Alejandro, además de que muchas veces acusa al macedonio de dejarse llevar por la gloria. Asimismo, un rasgo de su estilo es su tendencia al sentimentalismo, y su predisposición a incluir contenido emotivo es muy alta, además de que sus libros, por lo general, terminan con un final conmovedor (Aprile, 2021: 37).

Asimismo, en multitud de ocasiones, Quinto parece achacar más peso a la suerte en los éxitos conseguidos por Alejandro que a la propia estrategia del macedonio. Algunos momentos en los que atribuye la fortuna a esas victorias de Alejandro se encuentran en el libro tercero (3.6.18; 8.20) o el cuarto (4.9.22), entre muchas otras veces. De Parmenión, general de Alejandro y asesinado por orden de este, llegó a decir que “*grandes hazañas llevó a cabo sin el rey mientras que el rey sin él no hizo ninguna*” (Curt. 7.2.33).

Todas estas críticas hacia el rey se pueden entender si se tiene en cuenta que la época en la que escribió Quinto fue un periodo en el que se empezaba a renegar de Alejandro Magno en la literatura, ya que anteriormente solo había escritos halagando sus cualidades sin mencionar sus defectos. Asimismo, una de las teorías que se ha creado respecto a las duras críticas que hace Quinto a Alejandro, baraja que “*podieron ser una forma velada de reprender a un emperador romano que podría haber sido Calígula*” (Marín, 2018: 40).

Quizá, el objetivo del autor sea comparar a Roma con Grecia, ya que tras el asedio de Tiro, hace una anotación sobre la ciudad en la actualidad: “*ahora por fin, en medio de una dilatada paz que revivifica todas las cosas, Tiro descansa bajo la tutela bienhechora de Roma*” (Curt. 4.4.21). Ahí se ve como superpone las “*muchas vicisitudes*” (Curt. 4.4.21) sufridas en su camino a la destrucción de mano de Alejandro, con la “*dilatada paz*” (Curt. 4.4.21) que le otorgó el Imperio Romano.

No solo se equivoca geográficamente, pues a veces sitúa pueblos que se encontraban a orillas del mar Negro, como si estuvieran en el mar Caspio (6.4.17-18); sino que también parece contradecirse a lo largo del texto, puesto que por un lado describía como el ejército

²⁰ Como la ocasión en la que relata los personas que están presentes en un banquete ofrecido por Beso, asesino del rey Darío II. Hace mención de un personaje que se dedicaba al arte de la magia, pero no puede evitar comentar después “*(si arte se puede llamar a lo que no es más que una burla de un redomado impostor)*” (Curt, 7.4.8). Este pensamiento puede ser herencia de su mente romana, puesto que estos eran muy rígidos en los temas de ocultismo y hechicería.

macedonio se quejaba de Alejandro, pues consideraban *“que sentía repugnancia por su patria, renegaba de su padre Filipo y pretendía coger el cielo con sus vanos proyectos”* (Curt. 4.10.3), pero unos párrafos después pone en boca del rey que Alejandro le dijo a Parmenión, que estaba teniendo problemas en batalla, que batallase valientemente *“como es digno de mi padre Filipo y de mí mismo”* (Curt. 4.15.8).

Por otro lado, Quinto se queja de que Alejandro había cedido ante los persas y había empezado a caer en sus vicios y su forma ostentosa de vida, aunque luego se ve como, tras conseguir que los habitantes de Bactras se rindiesen, no solo les concedió su perdón y levantó el sitio, *“sino que devolvió a sus habitantes todos sus bienes”* (Curt. 6.6.35), lo cual no sería coherente si se hubiese dejado llevar por los lujos de los persas y solo buscase ganar el botín en las batallas. Además, a los uxianos le otorgó la libertad a todos—después de haber asediado la ciudad durante un largo periodo—y *“les permitió cultivar sus tierras sin tener que pagar tributo”* (Curt. 5.3.15).

Sin embargo, había otros momentos en los que apreciaba *“las sobresalientes cualidades del espíritu de Alejandro”* (Curt. 5.7.1), así como *“aquel carácter que lo encumbraba por encima de todos los reyes [...] aquella lealtad para con los sometidos, aquella clemencia para con los prisioneros”* (Curt. 5.7.1), aunque es cierto que Quinto expresaba que a pesar de todas esas grandes cualidades que presentaba Alejandro, todas ellas se eliminaban cuando se tenía en cuenta *“su pasión inexcusable por el vino”* (Curt. 5.7.1).

Alejandro era un hombre que se movía por emociones, bien fueran de ira— como se ve tras el largo asedio de Tiro, donde 2,000 soldados habían sido crucificados *“a lo largo de un dilatado trecho del litoral”* (4.4.17-18)— o de generosidad, como el alarde de altruismo al que fue objeto uno de los soberanos de India, llamado Onfis²¹. Este se había presentado ante Alejandro para mostrarse como aliado del macedonio, por lo que había llevado una cuantía considerable de presentes para dar al joven rey. Alejandro no solo rechazó los regalos sino que además le entregó una cantidad parecida de obsequios, entre los que se encontraban *“1000 talentos sacados del botín que transportaba, [...] vajillas de oro y plata, abundantes vestiduras persas y 30 caballos de entre los suyos propios, junto con todos los arreos que solían llevar cuando él en persona los cabalga”* (Curt.

²¹ Mejor conocido como Taxiles, nombre que *“iba ligado al poder, independientemente de quien lo ostentara”* (Curt, 8. 12. 14) ya que era el *“título oficial del rey de la ciudad de Taxila, situada entre el Indo y el Hidaspes”* (Rubio, 1986: 473).

8.12.16). Este tipo de escenas, tan cargadas de emoción, fueron utilizadas por Quinto para manifestar de forma clara el carácter de Alejandro, en las que ensalzaba distintas virtudes, (Corte, 1999: 9) que en este caso era la de la generosidad.

Aun así, la intensidad de sus emociones no le impedía hacer un buen uso de sus cualidades gubernativas, además de que sabía exactamente cuál sería la persona idónea para ocupar los puestos de poder. Para designar a los oficiales subalternos, que estarían al mando de un batallón de 1,000 soldados, decidió organizar unas competiciones “*en las que se pusiera a prueba el valor militar*” (Curt. 5.2.2-5) y quienes fuesen coronados como los más valientes, serían los responsables de estar al mando de esos escuadrones, además de que se les nombraría como «quiliarcas» (5.2.5). Anteriormente, la caballería organizaba a sus jinetes por su lugar de procedencia pero, en un intento de unificar a sus soldados, Alejandro apostó por cambiar esta división y poner a cargo de las tropas a los que él escogía personalmente, no a los “*prefectos de cada nación*” (Curt. 5.2.6).

No se puede discernir si esta maniobra era de propaganda o simplemente muestra de una buena administración, pero Alejandro a menudo pagaba a sus soldados más de lo que estipulaba su salario, como ocurrió cuando su fortuna se vio aumentada repentinamente tras la toma de Babilonia. En vez de quedarse el dinero para sí, lo repartió entre sus tropas de esta manera: “*se distribuyó entre los jinetes macedonios 600 denarios a cada uno; los jinetes extranjeros recibieron 500; los infantes macedonios, 200 y los demás, la soldada de tres meses*” (Curt. 5.1.45).

Después de haber vencido en batalla a los lacedemonios, y justo antes de llegar a Partia, Alejandro repartió el botín conseguido de los espartanos, que sumaron un total de 26,000 talentos, de los cuales “*se dedicaron 12.000 a su distribución entre la tropa*” (Curt. 6.2.11). Además, tras la victoria contra Poros, Alejandro entregó “*coronas y mil escudos*” (Curt. 9.1.6) a sus generales, lo que equivaldría a unos 25.000 denarios²², mientras que “*los demás se vieron recompensados con distinciones honoríficas*” (Curt. 9.1.6) Además, los soldados sabían que Alejandro era muy generoso con ellos y “*a la hora de repartir el botín, él era casi el único que quedaba excluido y que los premios de la victoria los empleaba en agasajarlos y obsequiarlos*” (Curt. 4.14.6).

²² Un talento eran alrededor de 6,000 denarios, por lo que en este caso distribuyó entre sus oficiales casi cinco talentos (Rubio, 1986: 289, nota 450).

Por otro lado, Alejandro sabía que lo que realmente le permitía seguir conquistando ciudades eran los pagos que imponía a los sitios conquistados, así que siempre otorgaba la oportunidad de rendición antes de entrar en una ciudad y arrasarla con ella, tal y como ocurrió con la ciudad de Celenas, en las que Alejandro envió un heraldo dentro de la ciudad *“para que les hiciera saber que, si no se rendían, serían pasados por las armas”* (Curt. 3.1.6). Cuando el macedonio se encontraba poniendo cerco a las murallas de Nisa, se enteró de que los habitantes tenían opiniones distintas en cuanto a presentar batalla o no. Al darse cuenta de esto, Alejandro *“ordenó que sus tropas se limitaran a asediarlos sin pasarlos por las armas”* (Curt. 8.10.10) lo que tuvo como consecuencia el sometimiento total de los ciudadanos. Por lo general, la mayoría de las ciudades se solían rendir, aunque había otras que oponían cierta resistencia y otras que se negaban de forma violenta (Luz, 2015: 49). En el caso de esta última opción, Alejandro no dudaba en atacar a la ciudad de inmediato pero, si por el contrario, el macedonio entendía que la resistencia no iba a durar mucho, esperaba hasta que los habitantes cambiaran de opinión (Luz, 2015: 49).

Si algo se puede afirmar sobre Alejandro, es que nunca fue un cobarde. Ya decía Quinto que la audacia *“fue su rasgo distintivo”* (Curt. 4.9.23), y a lo largo de toda su obra son varias las ocasiones en las que esto se percibe. Tras un largo asedio a la ciudad de Tiro, finalmente el ejército macedonio se decidió a atacarles, usando máquinas de combate compuestas por torres. El rey se subió a la más alta torre, demostrando su valor pero también su temeridad, puesto que su figura era visible desde todas partes debido a *“sus insignias reales y sus armas refulgentes”* (Curt. 4.4.11), lo que le situaba como *“principal blanco de todos los proyectiles”* (Curt. 4.4.11).

Para poder asediar correctamente Massaga, Alejandro recorrió las fortificaciones que rodeaban la ciudad para reflexionar sobre cómo colocar las máquinas de guerra correctamente. Alguien situado encima de la muralla, al ver al rey tan cerca, le lanzó una flecha, que se le fue a clavar en la pantorrilla. Alejandro se arrancó la saeta y pidió a alguien que le trajera un caballo para poder seguir con la tarea sin tener que ir a pie. Hasta que no acabó de inspeccionar todo, no se vendó la herida. (8.10.27-30). Sus compañeros le suplicaban que no fuese tan imprudente y que debía de tomar medidas para protegerse puesto que, al fin y al cabo, era el rey. Por eso, siempre que se ponía su coraza lo hacía obligado por sus soldados, que lo rogaban que se la pusiera antes de combate, aunque se la ponía *“en muy raras ocasiones”* (Curt., 4.13.25).

Otro de los rasgos que destaca Quinto de Alejandro era que *“ninguna nota era más estable ni más constante que su admiración por el verdadero valor y la verdadera gloria”* (Curt. 8.14.46). Por eso, solía tratar con respeto y admiración a los rivales vencidos, pues veía que en ellos se reflejaba su propia valentía, lo que llevó a que muchas veces perdonase la vida de aquellos habitantes de ciudades que habían mostrado un gran coraje en batalla. Tal era el respeto por los enemigos que consideraba valerosos, que hizo a Oxatres, el hermano de Darío, miembro de su guardia personal (7.5.40). Asimismo, acogió a Sisigambis, madre de Darío, en su círculo más íntimo de amigos y la consideraba una madre²³, por lo que le otorgaba todo lo que pensaba que podía necesitar la mujer. El afecto era mutuo e, incluso, tras la muerte de Alejandro, tal grande era su dolor que se dejó morir. Como apunta Quinto *“de la benignidad de Alejandro para con ella [...] es una prueba palpable la muerte de esta mujer que, cuando murió Darío, tuvo fuerzas para seguir viviendo, mientras que no tuvo valor para sobrevivir a Alejandro”* (Curt. 10.4.25).

No solo era considerado con sus enemigos, sino que también lo era con los dioses de estos. Cuando entró en Susa, una de las primeras cosas que hizo fue sentarse en el trono real. No obstante, como no era muy alto, los pies no le llegaban al suelo, por lo que uno de los pajes reales le colocó una mesa para que pudiera apoyarlos en ella. Uno de los eunucos le contó, entre lágrimas, que era esa mesa justo en la que comía el rey Darío, por lo que Alejandro *“se sintió avergonzado por ofender a los dioses de la hospitalidad”* (Curt. 5.2.15) y, de hecho, *“ya se disponía a ordenar que la mesa fuera retirada”* (Curt. 5.2.15) cuando Filotas le convenció de que no lo hiciera, pues era un buen presagio.

Sin embargo, esta consideración del rey por sus enemigos era mal vista por sus propios soldados, puesto que consideraban que ellos no eran tratados tan favorablemente, Quinto llegó a escribir que el macedonio *“apreciaba con mayor franqueza los méritos en un enemigo que en un compatriota”* (Curt. 8.14.46). No obstante, estas quejas llegaron según aumentaba el éxito de Alejandro, puesto que, al principio, la gran mayoría de los que le rodeaban eran extremadamente fieles a él, quizá porque se habían criado todos juntos, como se ve en alguna ocasión (3.6.1).

Este supuesto maltrato a los macedonios se vio incrementando con las victorias que ganaba el rey, ya que en los inicios de su expedición, sus tropas se habían mostrado

²³ Tal y como escribe el autor: “[sobre Alejandro] *su deferencia y hasta su cariño para con ella eran propios de un hijo*” (Curt. 5.2.18).

deseosas de seguirle por todo el mundo y, cuando se puso malo al bañarse desnudo en el río Cidno, los soldados se mostraron muy preocupados por su rey y se preguntaban que “*quién se atrevería a suceder a Alejandro*” (Curt. 3.8.7) a la vez que reflexionaban sobre cuál sería la persona capacitada para “*preparar una escuadra*” (Curt. 3.8.7) para atravesar el Helesponto, ya que solo le veían a él capaz. Nunca se sintió superior a su ejército y le gustaba hacer ejercicio junto a sus soldados además de que se vestía igual de sencillo que ellos. Con todas esas virtudes, que tanto agradaban a los militares “*había conseguido ser tan querido como respetado*” (Curt. 3.6.20). El momento decisivo en el que comienza la orientalización de Alejandro ocurre cuando el macedonio quema la capital²⁴ de Persépolis (Curt. 5.7.4-7), y a partir de este momento “*empieza a perder virtudes helénicas y en su lugar adquiere vicios atribuidos a la orientalización*” (Martínez, 2015: 93).

En las batallas, el rey “*lo mismo se comportaba como jefe que como soldado*” (Curt. 3.11.7) y luchaba con la misma valentía que sus soldados, siempre en primera línea, lo que provocaba que la gran mayoría de sus soldados acabasen por cogerle cariño. Antes de un conflicto, Alejandro requería a sus tropas que luchasen con valentía y coraje, y estos sabían que “*no les pediría que lucharan con valor si él mismo en persona no les daba ejemplo de arrojo luchando en primera línea*” (Curt. 4.14.5).

Uno de los ejemplos más claros de la alta capacidad de liderazgo de Alejandro, así como de la fidelidad que era capaz de inspirar, tuvo lugar justo antes de la batalla de Issos, cuando el rey se subió en su caballo y, paseándose entre las tropas “*se dirigía a los soldados con palabras distintas según conviniera a la índole de cada uno*” (Curt. 3.10.4). A los macedonios les recordaba todas las victorias que habían conseguido y que tenían al mundo a sus pies, a los griegos les evocaba los tiempos en los que los antiguos reyes persas se habían batido contra Grecia, arruinando sus templos y destrozando sus ciudades y, por último, a los tracios e ilirios les señalaba las riquezas de los persas, que eran visibles ya en el campo de batalla, puesto que muchos portaban oro en sus ropajes (3.10.4-10).

Quinto Curcio Rufo nos presenta a un Alejandro más humano que otros autores clásicos: enseña sus fallos y errores de la misma forma que alaba su temperamento y su naturaleza piadosa. Como expresa Candau Morón: “*la mezcla de tratos favorables y adversos hace*

²⁴ En otras fuentes clásicas, solo incendian el palacio.

que su retrato no responda ni a criterios morales simples ni a un patrón ideológico definido” (Candau, González, Chávez, & Jiménez, 1999: 75).

Por eso, Quinto sabe de la clemencia que mostraba con sus enemigos al igual que la poca paciencia que a veces demostraba contra sus compatriotas. Detalla como imponía sus maneras macedonias a la vez que se adaptaba a las costumbres extranjeras. Fue uno de los primeros reyes— si no el primero— en darse cuenta de que los súbditos se mostraban más predispuestos a aceptarle como soberano si poseían cosas en común. Se esmeró en aprender la lengua extranjera y perseveró en su intención de hacer que su ejército fuese una coalición unida frente al enemigo, intentando integrar a los macedonios y extranjeros por igual, y fomentando la armonía entre personas.

5. Relación de los autores clásicos con los modernos

Cuando Plutarco explica que Alejandro no soportaba que hablasen mal de él (Plu. *Alex.* 42.4) lo que en realidad parece querer decir, es que Alejandro era una persona extremadamente insegura y, aunque intentaba ocultarlo a los demás, su peor miedo era que sus compañeros se dieran cuenta de ello (Gabriel 2015). Arriano sugiere lo mismo cuando escribe que “*it was for praise alone for which he was absolutely insatiable*” [era solo por los elogios por los que Alejandro era absolutamente insaciable] (Arr. 7.28.1)²⁵.

Respecto a la adquisición de los hábitos y vestimentas de los persas, mencionados por la gran mayoría de autores clásicos (Plutarco, Arriano, Quinto Curcio, etc.), una justificación que puede darse es que se intentaba separar cada vez más del lado macedonio para formar una alianza más sólida con sus asociados persas. Parecía, tal y como dice Abbott, que “*he seemed intent in merging, in every way, his original character and habits of action in the [...] Eastern world*” [parecía resuelto a fusionar todos los aspectos de su personalidad y métodos de acción con los del mundo oriental] (Abbott, 1853: 108).

Al hablar del ataque a Tebas, algunos autores, como Plutarco (Plu. *Alex.* 11.11), Arriano (Arr. 1.7.7-11) o Diodoro de Sicilia (D.S. 17.9.5), relatan que Alejandro concedió tiempo a los tebanos para que recapacitaran y se rindieran. Se mantuvo en esta postura incluso cuando los ciudadanos de Tebas escaparon de la ciudad, hacia el campamento macedonio, y mataron a algunos soldados (Arr. 1.7.8-9). La negación por parte de los tebanos a someterse al poder de Alejandro se debió a que habían recibido “*plenty of arms and equipment from Athens*” [muchas armas y equipamiento de parte de Atenas] (Hammond, 1997: 45).

Antes de la batalla de Gaugamela, Alejandro le pide a los dioses que si “verdaderamente” era hijo de Zeus que “*protegieran ellos y animaran a los griegos*” (Plu. *Alex.* 33.1). Con ese “verdaderamente” parece que deja entrever que no acaba de estar convencido del todo

²⁵ En la traducción de 2013 de Hammond, este cambia “*praise*” (elogio/alabanza) por “*glory*” (gloria), de forma que, sutilmente, cambia el sentido de la frase, ya que mientras que con la primera palabra da la impresión de que Alejandro era un hombre arrogante, con la segunda versión parece que solamente era un militar obsesionado con la gloria, lo que le hace parecer más belicoso que otra cosa.

La obra en la que aparece *praise* es la traducida por Aubrey de Selincourt: Selincourt, A. d. (1971). *Arrian. The campaigns of Alexander*. London: Penguin Books.

de que sea hijo del rey de los dioses. Dado que ese título se lo otorgaron en un oráculo— en el que se consultó, supuestamente, a los dioses— si no acepta que es hijo de Zeus se puede entender que no confía en que se lo dijeran las deidades. Como indica Cartledge: “*su devoción rayaba, en ocasiones, en superstición*” (Cartledge, 2004: 371).

Sin embargo, en lo que sí parecía tener una fe amplia y certera, era en los héroes de los mitos y, sobre todo, en los de la *Ilíada*, en particular en Aquiles. No solo se compara él mismo con el de los pies ligeros sino que también lo hacen ciertos autores antiguos como Diodoro, que compara la odisea sufrida por Alejandro al naufragar en el río Indos— cuando las olas destruyeron su embarcación— con el combate de Aquiles contra el río Escamandro y Janto al decir que “*había luchado contra el río igual que Aquiles*” (D.S. 17.97.3).

No obstante, era Heracles el héroe que más admiración despertaba en Alejandro, no solo porque descendía de él (Plu. *Alex.* 2.1) sino también porque “*había alcanzado la proeza única de superar la categoría heroica y hacerse merecedor de la de dios*” (Cartledge, 2004: 255). Esta devoción es palpable en los sacrificios que le hacía al hijo de Alcmena²⁶ Quizá sea esta también una de las razones por las que tardó en atacar Tebas: porque su héroe favorito había nacido allí. Al final, parece que consiguió su propósito de emular a Heracles, ya que “*la ficción pronto contó que él, como Heracles, había sido trasladado al cielo*” (Bosworth, 2005: 340)

Por otro lado, uno de los elementos que más destacan los autores clásicos de Alejandro es su sed insaciable de gloria, y a veces esta es usada como disculpa para alguna de las conductas más peculiares de Alejandro. En griego se denomina «*pothos*», y fue utilizada por primera vez en la obra de Aristóbulo como un “*literary motif*” [forma literaria] (Gabriel, 2000: 106) y es una figura que se sigue usando incluso en la actualidad ya que “*removes any need to explain Alexander’s otherwise strange behavior since it could be attributed to or explained away by his photos*” [elimina cualquier necesidad de explicar el, de otra forma, extraño comportamiento de Alejandro, ya que este se puede atribuir, o explicar, aludiendo a su *photos*] (Gabriel, 2015: 107).

Es curioso como para algunos autores, como Caratini, esa “*sed de conquistas, y de grandez y saberes, etc.*” (Caratini, 2000: 442) infligió un duro golpe en la figura de

²⁶ (D.S. 17. 46. 5; 40. 2); (Arr. 1.4.5; 3.6.1; 6.3.2).

Alejandro, pues la desfiguró y lo convirtió en una persona psicótica y que no sabía diferenciar lo verdadero de lo imaginario; mientras que, por otro lado, autores como Strootman decían que su *photos* era celebrada, y no se veía como algo malo, además de que la veían como una ideología propia del imperialismo del macedonio más que de su característica idiosincrasia (Strootman, 2014: 137), como parece insinuar Caratini (2000, 442).

Sea esto cierto o no, no hay prueba alguna de que la *photos* de Alejandro le sirvió para embarcarse en empresas arriesgadas que siempre le resultaron ser muy exitosas. Por eso, las fuentes clásicas resaltan a menudo su gran capacidad militar y estrategia, además de la poderosa fuerza que suponía su ejército (D.S. 17.9.3; 18.1), (Curt. 3.11.27; 4.16.27) o (Plu. *Alex.* 20.19; 60.14) y la brillantez estatégica que mostraban sus soldados, en la que Alejandro confiaba plenamente (Arr. 1.8.3; 5. 23.6-7). Empero, su multitud de triunfos no solo se debió a su ejército sino también “*due to his meticulous attention to the provisioning of his army*” [debido a su meticulosa atención al aprovisionamiento de su ejército] (Engels, 1997: 3), ya que las rutas por las que marchaba eran difíciles de seguir, y sino hubiese sido por la preparación de suministros, muchos soldados habrían perecido en ellas, como les pasó a otros ejércitos (Engels, 1997). Adicional a esta planificación previa, al conquistar una ciudad Alejandro sopesaba la opción que consideraba preferible en cuanto a impuestos se debía. Es decir, o bien exigía pagos en moneda o bien demandaba la entrega de ciertos recursos que destacasen en la región determinada para poder sustentar con ellos a sus soldados en las campañas que tuviesen lugar posteriormente (Luz, 2015: 51).

Las tropas se sabían invencibles, y que su fuerza era casi inigualable a la de cualquier otro ejército, por lo que, aunque los soldados nunca pedían que Alejandro les pagara más dinero, este puede ser visto en las fuentes clásicas²⁷ haciendo multitud de recompensas a sus soldados, quizá como forma de evitar que sus militares se cansaran algún día de combatir o le pidieran un mejor salario. Tal y como apunta Frank L. Holt estas gratificaciones solían ocurrir después de asedios, “(*Tiro*)”, batallas importantes “(*Gaugamela, Hydaspes*)” o extensos desplazamientos “(*Ecbatana*)” (Holt, 2018: 114).

En muchas biografías de Alejandro (Bosworth, 2005), (Guzmán Guerra & Gómez Espelosín, 1997) o (Caratini, 2000), entre muchos otros, se hace una mención sucinta a

²⁷(Curt, 6. 2. 11; 9.1.6); (D.S. 17 40.1; 89.3); (Plu. *Alex.* 34.2-3; 39.2-13); (Arr. (2.12.1-2).

su padre, Filipo II, y su legado, además de que, por lo general, suele haber uno o dos apartados dedicados a sus proezas. Y es que muchos autores no pueden evitar comparar, de cierta manera, al padre y al hijo, así como sus logros y sus personalidades, dado que es ahí donde reside la razón de porque Alejandro era Alejandro. Tras dominar el imperio persa, podría haberse vuelto a Macedonia y haberse conformado con reinar sobre un territorio tan amplio, pero, sin embargo, no lo hizo, su sed en esos momentos era imparable y siempre intentó hacer las gestas más grandes, las hazañas más valerosas o las epopeyas más peligrosas, con el objetivo de que nadie pudiera superarle. Esto, posiblemente, le viniera de su padre, pues de joven Alejandro siempre tuvo miedo a que su padre no le dejara suficiente terreno por conquistar, y no pudiese hacer historia (Plu. *Alex.* 5-6), que era su principal objetivo. Sin duda, esto se puede atribuir a que estaba “*jealous of his father and wanted to surpass him in achievement and reputation*” [celoso de su padre, y quería superarlo en sus logros y reputación] (Gabriel, 2015: 75)

Alejandro no se cansaba de conquistar puesto que “*there could be no end to the war as long as there was any enemy left*” [no podría haber fin a la guerra mientras quedase algún enemigo] (Arr. 5.24.8) y si no tenía enemigo o bien se lo buscaba o bien lo creaba, como dijo Arriano “[...] *and in absence of any other rival would compete against himself*” [...] en ausencia de otro rival, habría competido contra sí mismo] (Arr. 7.1.4)

6. Conclusiones

Antes de juzgar la figura de Alejandro y sus comportamientos, muchas veces, inusuales, hay que tener en cuenta que siempre se esperó de él que se comportase con las morales propias de los héroes históricos, ya que se educó creyendo que era descendiente de Heracles y Aquiles (Anson, 2013: 10).

Nunca se conseguirá presentar una versión del Alejandro real, puesto que las fuentes clásicas ya estaban influenciadas por sus opiniones, y las modernas, aunque intentan no dejarse coartar por su ideología respecto al macedonio, el Alejandro al que presenten siempre van a tener cierto filo de la corriente a la que pertenezcan sus creadores. No se llegará a saber cuál es el Alejandro que existió y el Alejandro que se creó, puesto que “¿era el Alejandro sensato de Ulrich Wilcken; el visionario caballeroso de W.W. Tarn; el titánico, casi hitleriano de Robin Lane Fox; o el ser pragmático, amoral y despiadado de Ernst Badian y Brian Boswort?” (Cartledge, 2004: 231) Quizá era todos y ninguno, o, posiblemente, poseía ciertos rasgos de todos y cada uno de ellos. No se puede hablar de un Alejandro despiadado sin hablar de un Alejandro que lloró la muerte de la mujer de su enemigo, o que quería tanto a sus soldados que cesó en su gran sueño de conquistar Asia, aunque no dudó en reemplazarlos por militares extranjeros cuando sus tropas se quejaban.

Un elemento que ha atraído a muchos historiadores hacia el estudio de Alejandro, es la psiqué del mismo. Si bien al principio comentábamos que el macedonio era un personaje lleno de luces y sombras, ahora se podría decir que es una figura que alberga tanta luz como oscuridad, es un clásico personaje “gris” de las novelas: ni es bueno ni es malo, y no tiene motivos ocultos detrás de sus acciones.

No obstante, algunos autores se han dado cuenta de un cambio a lo largo de la vida de Alejandro, un giro que transformó al conquistador sensato y cabal en uno destructor y neurótico. Caratini (2000: 441) atribuye esto a un hecho de la vida del macedonio que le impactó profundamente: el asesinato de Darío III. Esto, sin ninguna duda, tuvo que suponerle un “*choque psicológico considerable*” (Caratini, 2000: 441) ya que Alejandro aún era un muchacho de veintiséis años. Los autores clásicos presentan diferentes versiones del momento en el que el hijo de Filipo se encontró con Darío muerto. Algunos sugieren que aún no se había fallecido y pudieron intercambiar palabras, en las que Darío instó a Alejandro “*a que vengara su muerte*” (D.S. 17.73.4) mientras que otros afirman que él no pudo llegar a tiempo a verle con vida pero un soldado, Polístrato enviado por

él, sí lo hizo, y le dio de beber a Darío puesto que este tenía sed (Plu. *Alex.* 43.4). No obstante, otros autores afirman que Darío ya estuvo muerto cuando llegó Alejandro (Arr. 3.21.10)

La muerte de Darío, fuesen cuales fuesen sus interacciones con Alejandro, constituyó un trauma para el macedonio ya que este la sintió “*no como la desaparición de un enemigo, sino como la pérdida de un hermano de armas*” (Caratini, 2000: 441). Esto provocó que Alejandro empezase a confundir lo real con lo ficticio y viceversa, y su temperamento sufrió un duro revés. Adicionalmente, se cree que la personalidad de Alejandro puede ser justificada si se considera que el macedonio padecía de estrés post traumático. Como dice el experto militar Richard A. Gabriel, “*Alexander experienced every one of the events that can precipitate post-traumatic stress disorder*” [Alejandro experimentó todos los eventos que pueden acelerar la aparición de un desorden de estrés post traumático] (Gabriel, 2015: 79), ya que se sentía humillado cuando sus compañeros le aconsejaban, fue testigo de la muerte de miles de sus compatriotas y soldados, y fue herido una multitud de ocasiones, en las que muchas estuvo a punto de perder la vida. Esto, su exposición prolongada a la guerra—más de diez años, ya que Filipo enseguida lo incluyó entre las filas de su ejército— explica también el porqué, hacia el final de su vida, se mostraba paranoico con sus tropas y extremadamente violento con sus enemigos (Gabriel: 2015: 79-80).

Fuera déspota o compasivo, lo que está claro es que a su muerte fueron muchos los que le lloraron, no solo compatriotas de Macedonia, ni soldados de su ejército, sino que muchas personas cuyas ciudades habían sido conquistadas por él, se afligieron al enterarse de la muerte de Alejandro, ya que su comportamiento con las regiones que estaban bajo su autoridad siempre fue magnífico, y llegó a castigar a aquellos gobernantes— a los que, previamente, había otorgado ese cargo— que se comportaron de forma violenta con sus súbditos. El motivo es que el macedonio verdaderamente creía que era su misión en la vida era conquistar los confines más allá de Macedonia, y considera que este era una cometido enviado por los dioses, como se ve cuando pisa por primera vez Asia y declaró “*que recibía Asia de parte de los dioses*” (D.S. 17.17.2).

Pero tal y como su vida estuvo rodeada de incógnitas, también lo estuvo su muerte. En palabras de Lane Fox: “*After all his many mysteries, it would be improper if Alexander had died straightforwardly. Never simple, he did nothing of the sort*” [Después de todos los misterios que tenía, habría sido impropio si Alejandro se hubiera muerto de forma sencilla. Nunca simple, nunca hizo nada de esa forma] (Fox, 2004: 461).

Quizá para algunos autores resulta difícil creer que la persona que conquistó buena parte del mundo conocido, que amalgamó bajo su poder a dos de los Imperios más importantes de la Antigüedad (el Macedonio y el Persa), que despertó en muchos corazones una lealtad y un cariño inigualable y que fue llamado Magno debido a la grandeza de sus campañas, fuera vencido por un mosquito. Por eso, han surgido numerosas fuentes que plantean hipótesis diversas sobre la muerte de Alejandro: se habla de envenenamiento, de complots contra su vida, o incluso, de que fue su afición al alcohol lo que ocasionó su fallecimiento. A pesar de que cayera derrotado como Goliat ante David, esto no impide que, durante su vida, fuese un verdadero gigante.

Bibliografía

- Aburto, L. L. (2016). Una lectura en torno a la Anábasis de Alejandro. Arriano de Nicomedia y los dioses. *Byzantion Nea Hellas*, 107-129.
- Alasà, F. P. (2001). *Biblioteca Histórica: Introducción, traducción y notas*. Madrid: Gredos.
- Anderson, A. R. (1932). Alexander's Gate, Gog and Magog and the Inclosed Nations. *Monographs of the Mediaeval Academy of America*, 11-15.
- Anson, E. M. (2013). *Alexander the Great: Themes and Issues*. London & New York: Bloomsbury.
- Aprile, G. (2021). Ficción y Realidad en las Historias de Alejandro Magno. *Hápax: Revista de la Sociedad de Estudios de Lengua y Literatura*, 29-40.
- Arias, D. M. (2018). Alejandro Magno y su legado en el mundo de los videojuegos. *Rakonto*, 109-123.
- Arriano. (2013). *Alexander the Great. The Anabasis and the Indica. A new translation by Martin Hammond*. (M. Hammond, Trad.) Oxford: Oxford University Press.
- Barletta, V. (2010). *Death in Babylon. Alexander the Great & Iberian Empire in the Muslim Orient*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Baynham, E. (2003). The Ancient Evidence for Alexander the Great. En J. Roisman, *Brill's Companion to Alexander the Great* (págs. 3-31). Boston: Brill.
- Bosworth, A., & Baynham, E. (2000). *Alexander the Great in Fact and Fiction*. Oxford: Oxford University Press.
- Buitrago, J. P. (2007). La "forja del hombre" en Plutarco. *Educación XXI*, 215-238.
- Candau, J. M., González, F. P., Chávez, A. R., & Jiménez, F. S. (1999). Alejandro y la historiografía helenística. *Tempus*, 65-89.
- Carney, E. (1992). The Politics of Polygamy: Olympias, Alexander and the Murder of Philip. *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 169-189.
- Carney, E. (2000). Artifice and Alexander History. En A. Bosworth, & E. Baynham, *Alexander the Great in Fact and Fiction* (págs. 263-286). Oxford: Oxford University Press.
- Cartledge, P. (2004). *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*. Barcelona: Arias.

- Cerezo, T. M. (1999). Los orígenes de la conquista de Asia en la «Anábasis de Alejandro Magno» de Arriano de Nicomedia. *Gerión*, 223-232.
- Cerezo, T. M. (2003). *Aspectos sociales de la época de Alejandro Magno : sociedad y dependencia personal en la anábasis de Alejandro Magno de Arriano de Nicomedia*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Corte, J. C. (1999). Ficción en la Historia Alexandri de Quinto Curcio Rufo : la anécdota del médico Filipo en comparación con Arriano y Plutarco. *Exemplaria*, 1-15.
- Dorda, E. C. (2013). La portentosa vida de Alejandro Magno: visiones, prodigios y presagios en la Vita Alexandri de Plutarco. *Revue des Études Anciennes*, 463-476.
- Fox, R. L. (2004). *Alexander the Great*. Londres: Penguin Books.
- Guzmán Guerra, A., & Gómez Espelosín, F. J. (1997). *Alejandro Magno*. Madrid: Alianza Editorial .
- Heckel, W. (2008). *The conquests of Alexander the Great*. Cambridge.
- Hecker, W. (1992). *The Marshals of Alexander's Empire*. London: Routledge.
- Henríquez, G. S. (2005). La educación de Alejandro en las Vidas Paralelas: la paideia griega en Plutarco. En M. J. Muñoz, *Plutarco a la seva época, paideia i societats* (págs. 637-646). Barcelona: Sociedad Española de Plutarquistas.
- Jiménez, A. P. (2019). Dos amigos y un destino trágico. Recursos literarios de Plutarco en la escena de Alejandro y Clito. *RIUMA*, 1-8.
- Lagos , L. A., & Bello, S. R. (2019). J.G. Droysen y su interpretación de las fuentes en la Historia de Alejandro Magno. *Historia 396*, 161-186.
- Luz, A. M. (2015). El impacto de las campañas de Alejandro Magno. Casos de. En N. M. Olaya, M. C. Montoza, & A. F. Aguilera, *II Jornadas Predoctorales en Estudios de la Antigüedad y de la Edad Media. Κτήμα ἐς αἰεὶ: el texto como herramienta común para estudiar el pasado* (págs. 47-54). Barcelona: BAR Publishing.
- Mahecha, J. A. (2009). Las cartas en la Historia de Alejandro Magno de Quinto Curcio Rufo como elemento literario de crítica política. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 255-302.
- Mañas, M. D. (2009). Influencia aristotélica en los sueños de las Vidas plutarqueas de Alejandro y César. *Cuadernos de Filología Clásica (Estudios griegos e indoeuropeos)*, 231-246.
- Marín, A. I. (2018). *Alejandro Magno (1916-2015). Un siglo de estudios sobre Macedonia Antigua*. Zaragoza: Libros Pórtico.

- Martínez, J. M. (2000). Alejandro Magno, homo religiosus. En J. Alvar, *Alejandro Magno: hombre y mito* (págs. 99-152). Madrid: Editorial Actas.
- Martínez, M. V. (2015). El thymós de Alejandro Magno en Alex. 50-51 de Plutarco : Apropiación y recreación de elementos épicos y dramáticos. *Una nueva visión de la cultura griega antigua en el comienzo del tercer milenio: perspectivas y desafíos* (págs. 89-102). Ensenada, Argentina: Universidad Nacional de La Plata.
- Mestres, B. M. (2002). Las glosas a la "Alexandreis" en el "Libro de Alexandre". *Revista de Literatura Medieval*, 63-108.
- Monferrer, L. P. (2003). *Estudio del uso del estilo directo y del estilo indirecto en las "Historiae Alexandri Magni Macedonis" de Quinto Curcio Rufo*. Valencia: Universitat de València.
- Monferrer, L. P. (2014). El encuentro de Alejandro Magno con las Amazonas y sus fuentes. En A. Narro, *Elementos sobrenaturales en las literaturas clásicas y su recepción* (págs. 75-88). Madrid: Editorial Académica Española.
- Mossman, J. M. (1988). Tragedy and Epic in Plutarch's Alexander. *The Journal of Hellenic Studies*, 83-93.
- Plutarco. (2016). *Vidas paralelas. Alejandro Magno-César*. (A. G. Guerra, Trad.) Madrid: Alianza Editorial.
- Pòrtulas, J. (2000). Cuestiones de Historiografía: Diodoro Sículo y otros. *Synthesis*, 135-148.
- Rodríguez, M. L. (2015). La divinidad de Alejandro Magno: un mito académico. *Cuadernos de Historia Cultural*, 10-24.
- Roisman, J. (2003). *Brill's companion to Alexander the Great*. Boston: Brill.
- Romero-González, D. (2019). Como Alejandro diga. El motivo del sueño de Alejandro en las Vidas de los Diádocos en Plutarco. *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Griegos e Indoeuropeos*, 155-163.
- Rubio, F. P. (1986). *Historia de Alejandro Magno: Introducción, traducción y notas*. Madrid: Gredos.
- Rufo, Q. C. (1985). *Historia de Alejandro Magno*. (F. R. Villafranca, Trad.) Madrid: SARPE.
- Sicilia, D. d. (2001). *Biblioteca Histórica. Libros XV-XVII*. Madrid: Gredos.
- Torrent, S. A. (2011). *Parallelae sive Vitae illustrium virorum (Las vidas de Plutarco, Sevilla 1491)*. Barcelona: Universita de Barcelona.

- Villafranca, F. R. (1985). *Quinto Curcio: Historia de Alejandro Magno, notas*. Madrid: SARPE.
- Worthington, I. (2013). *Alexander the Great*. Londres: Routledge.